El

Oso proscrito.

D. E. G.

EL OSO PROSCRITO,

DISPARATE CÓMICO

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

D. E. G.

Estrenado en el Teatro del CIRCO el 24 de Diciembre de 1875.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1876.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARCELA..................	D.ª Elisa Mendoza Tenorio.
TADEA.....................	D.ª Cármen Fenoquio.
VITO........................	D. Mariano Fernandez.
RICARDO..................	D. Ricardo Calvo.
AMABLE...................	D. José Capilla.
DON PEDRO...............	D. Leopoldo Valentin.
JUAN . (Tipo de exagerada cortesia.).	D. José Calvo.
LIBORIO (Guardia civil.).........	D. Gerardo Peña.
UN CELADOR DEL MANICOMIO.	D. Antonio Luna.
UN DOMADOR DE FIERAS. ...	D. Antonio Fornoza.
LOCO 1.º....................	D. Ricardo Letre.
Locos y un oso negro.	

La accion tiene lugar en el año 1866.

Cuídese de abrir disimuladamente un agujero á la altura de la boca en la botarga que viste Amable, á fin de que la voz pueda ser clara y perceptiblemente emitida.

AL EMINENTE ACTOR

DON MARIANO FERNANDEZ.

Acepte V., querido Mariano, este pobre testimonio de admiracion que á su talento dedica su antiguo amigo

El Autor.

ACTO PRIMERO.

Una esplanada en un manicomio. Un pabellon á cada lado del prosceenio. En el fondo las calles de una alameda que se pierde en lontananza. Mesas, sillas y bancos rústicos.

ESCENA PRIMERA.

D. PEDRO, LIBORIO y el DOMADOR, charlando en un grupo. MARCELA sentada; el CELADOR de pie á su lado. Varios locos discurriendo por la escena entregados á su manía.

PEDRO. (Estrechándose con la mano izquierda el índice de la derecha, cuya falange superior, que sobresale, permanece rígida, y retirando el dedo con precipitacion para tratar de atraparle con la misma mano derecha, mientras la otra permanece cerrada como si aún estrechase el dedo. Liborio y el domador explotan su manía.)
Esta vez no se me escapa!

LIBORIO. ¡Cáspita! Qué poco faltó!

PEDRO. Dificilillo es, pero algunas veces le atrapo.

DOM. Otra intentona! otra!

PEDRO. Estén ustedes atentos porque luégo me dirán que no lo han visto. (D. Pedro repite el juego.)

MARC. (Al Celador.) ¡Qué feliz soy! Dentro de tres dias volveré á

recobrar mi libertad. Desde que la Providencia me ha devuelto el uso de la razon, encuentro tan triste este asilo. Todo me da miedo.

CEL. En verdad, señorita, esto es muy poco agradable. Como cada loco tiene su tema, y aquí, en el manicomio, la base del plan curativo consiste en no contrariar la de ninguno, resulta que los pobres celadores que tenemos que lidiar con ellos, concluimos por participar de las manías de todos.

LOCO 1.° (Al Celador.) ¡Caballero! Devuélvame usted esa cabeza. Ha tomado usted la mia por distraccion y la suya no me encaja sobre los hombros.

CEL. (Fingiendo quitarse la suya y tomar la del otro.) Ah! sí. Dispense usted la inadvertencia. Como se parecen tanto...

LOCO 1.° Gracias. Con esta yo discurro más claramente. (Se retira sacudiendo la cabeza.)

MARC. ¡Desgraciado!

LIBORIO. (Á D. Pedro.) Yo creo que si al mismo tiempo sujetara usted el dedo con los dientes, no se le escaparía.

DOM. Es verdad.

PEDRO. No; porque eso ya sería cohibir la libertad de uno de los agentes. La cosa estriba en saber quién tiene más ligereza, si la mano en atrapar ó el dedo en esconderse.

DOM. Con todo, probemos.

PEDRO. Sea. (Sujétase el dedo con los dientes teniéndole siempre asido con la mano izquierda, y al retirar la derecha para atraparle se pega un manoton en la boca.)

MARC. ¡Qué dicha! Volveré á ver á mi padre! ¡Sí! ¿Pero y á él?

CEL. ¿Á quién? ¿Al señorito don Ricardo?

MARC. ¡Cómo! ¿Usted sabe?...

CEL. En los seis meses que ha durado su enfermedad, no ha cesado usted de referirme su historia lo ménos cuatro veces por dia. Usted me ha dicho que amaba al señorito don Ricardo con locura...

MARC. ¡Oh! Sí.

CEL. (Ap.) (Y eso lo ha probado palmariamente.) (Alto.) Y que de la noche á la mañana su papá de usted, que

tiene un carácter muy violento, aprovechándose de una ausencia del señorito, la dijo que ántes preferiría verla muerta que esposa suya. Que en vano fué pedirle explicaciones; que él se cerró á la banda y que usted concluyó por...

MARC. (Llorando.) Por perder el juicio como todos esos desventurados.

CEL. Como todos no. Algunos de los que está usted viendo conservan el pleno uso de sus facultades mentales.

MARC. Si, ese caballero (Por D. Pedro.) tan discreto y tan afable debe ser algun funcionario del establecimiento.

CEL. ¿Cuál? ¿aquel que se empeña en cogerse el dedo con la mano?

MARC. Sí; tiene una conversacion tan culta...

CEL. Pues ese está guillado de un modo incurable. Es tranquilo, eso sí, pero tiene la manía de ser director de todo aquello de que se trata. Es una enagenacion de índole muy española.

MARC. ¿Quién lo diría? ¿Y aquel civil?

CEL. Pertenece al puesto, porque como el manicomio está en un despoblado se hace necesaria la fuerza pública. El otro que hay en el corro es un domador ambulante que desde ayer está vivaqueando con sus fieras junto á las tapias del parque, y que ha entrado aquí á matar sus ocios. ¡Si viera usted qué bichos tan raros tiene y qué habilidades ejecutan! Hay un oso que hace el ejercicio como un veterano.

LIBORIO. (Á D. Pedro.) ¡Vamos! No lo entiende usted.

PEDRO. Caballero gendarme, yo lo entiendo todo, y si no me atrapo el dedo es por respeto á usted, por no usurpar sus funciones al benemérito cuerpo de cuyo honroso uniforme se halla usted revestido. Cójamelo usted. (Presenta el dedo, que Liborio trata en vano de atrapar, pues Don Pedro le retira siempre oportunamente.)

CEL. (Á Marcela.) Por supuesto que hay aquí cuerdos que no les van en zaga á los rematados; y esto se lo digo á usted para que lisonjee sus debilidades en beneficio pro-

pio. Doña Tadea, la prima del director, del directoa verdadero, es una vieja que se empeña en pasar ante lr gente por una niña inexperta y candorosa. Su primo don Vito, con una peluca como un felpudo valenciano, no tiene mayor deleite que ocuparse de su hermosa cabellera.

MARC. Sí. Ya he notado...

CEL. Y no los contradiga usted, porque serían capaces de no darla el alta en mucho tiempo.

MARC. ¡Qué horror!

CEL. Silencio. Aquí vienen ambos.

ESCENA II.

DICHOS, TADEA y VITO.

TADEA. (Á Vito.) Sí, primo mio, sí; bajo aquella deliciosa bóveda de rosas de Alejandría, nos será más grato saborear el café embalsamado con el aroma de las flores.

VITO. Sí, oyendo cantar las ranas del estanque y dándonos de bofetadas para matarnos los mosquitos. En fin, que nos sirvan el café bajo el emparrado. (Al Celador, que se va.)

TADEA. Pero es tan poético aquel sitio...

VITO. (Ap.) (Así te quedaras en él.)

TADEA. (Viéndola y besándola.) Marcelita!...

VITO. Ah! que está aquí nuestra bella convaleciente! (Saludándola.)

MARC. Yo no sé cómo agradecer á ustedes todo el interés qua por mí se toman.

TADEA. Nuestra simpatía es tan natural. Las mismas inclinaciones, el mismo carácter, los mismos años...

VITO. Sí. Los mismos años. (Ap.) (Todos son de trescientos sesenta y cinco dias) (Alto á Marcela.) Conque ya en breve tendrá usted el gusto de abrazar á su padre?

MARC. Así lo espero, gracias al celo y á la ciencia de nuestro amable director.

PEDRO. (Oyendo la palabra director y acudiendo á donde está Marcela.) El director, señora, nada ha hecho. Bendiga usted á la

Providencia, que es el único agente poderoso.

VITO. (Ap. á Marcela.) (Es un enagenado, no haga usted caso.)

MARC. (Ap. á Vito.) (Sí, ya sé...)

PEDRO. Los directores no somos más que unos grandes mentecatos autorizados por órden superior.

VITO. (Ap. á Marcela.) (Eso de mentecato lo dice por él.) (Suena una campana.) ¡Vamos! ¡La merienda! (Todos los locos brincan de contento.) Órden, señores, órden!

PEDRO. Sí, órden; sigan ustedes mi ejemplo. Yo les serviré de guía. (Á Marcela.) Pido á usted mil perdones, pero los deberes de mi cargo...

VITO. Sí, llévaselos usted, señor director.

PEDRO. En marcha. (Se pone á la cabeza de los locos, que le siguen.)

DOM. (Á Liborio.) ¿Eso es público?

LIBORIO. Sí.

DOM. Pues vamos?

LIBORIO. Vamos. (Vánse.)

MARC. Yo me retiro tambien.

TADEA. ¿Tan pronto?

VITO. Aún no es la hora de la mesa de convalecientes.

MARC. Quisiera escribir algunas cartas á mi familia.

TADEA. ¡Ah! si es por eso...

VITO. No quiero detenerla á us... ust... (Estornuda.) ¡atdú! ¡Bien! Me he constipado! Ya se sabe, en cortándome el pelo tagarnina segura.

MARC. Señores!... (Saluda y váse.)

TADEA. No tarde usted.

VITO. Hasta luégo... *bocato di cardinale*! Es muy guapa esta chica. De esa edad me gustan á mí.

ESCENA III.

TADEA y VITO.

TADEA. ¡Ah! Viejo libertino.

VITO. ¿Y qué tiene de particular que uno se desperece un poco ante el recuerdo de sus pasadas aficiones? Des gra ciadamente á mí ya me viene de molde el refran aquel

de: «Perro que ladra no muerde.» Y no creas... lo que es de jóven me he divertido mucho. La verdad es que yo era un petimetre muy aceptable y muy... Confiésalo, Tadea.

TADEA. En esa época yo no había nacido aún.

VITO. Por las once mil vírgenes, prima mia, santo y bueno que delante de la gente hagas de tus años el uso que mejor te parezca y hasta que me conviertas con mi silencio en cómplice de tu violacion cronológica; pero que pretendas engañarme á mí sobre la época de tu natalicio... Verdad es que nos hemos criado separados y que hasta la muerte de tu madre, en que al verte sola en el mundo aceptaste mi hospitalidad, no hemos tenido el placer de conocernos; pero...

TADEA. De caballeros galantes es el respetar las debilidades femeniles. ¿Le digo yo á nadie que tú eres calvo?

VITO. Es que si lo dijeses nadie te creería. Ademas de que yo propalo esta superchería por decoro á mi cargo, porque un director de poco pelo no ofrecería respetabilidad alguna. En cambio tú lo haces por...

TADEA. Por qué?

VITO. Porque temes, y con sobrado fundamento, no poder salir ya del estado de doncellez.

TADEA. ¿Yo?...

VITO. Sí, señor, tú que vives con el anzuelo preparado para ver si le muerde algun marido.

TADEA. (Ap.) (Y decir que con una sola palabra podría desmentirle; pero no, este secreto no saldrá nunca de mi labio.)

VITO. Te asusta el que te entierren con palma.

TADEA. La del martirio me haces tú ganar.

VITO. Lo que es tú podrás tener muchos deseos de casarte; pero yo el dia en que por una de esas aberraciones de sentido comun llegases á realizar tu sueño, le regalaba á Santa Rita de Cásia, abogada de los imposibles, una vieja de cera de tamaño natural.

TADEA. Si tan molesta te es mi compañía?...

VITO. No es eso, Tadea, no es eso; yo comparto muy gustoso

mi casa y mi mesa con la hija del hermano de mi padre; pero el estado honesto agría de tal modo el carácter de la mujer...

TADEA. Y el del hombre, Vito. No eres tú solo á sufrir impertinencias. Tú tambien eres célibe y...

VITO. Hay mucha diferencia. Un hombre célibe no es célibe más que *in partibus*; y una mujer lo es *in utroque*.

TADEA. No te entiendo.

VITO. Ni hace falta. Lo que urge es buscarte un novio.

TADEA. Cásate conmigo.

VITO. ¿Contigo? No; te llevo muchos años y nunca acaban bien los matrimonios desiguales. ¿Por qué no te casaste cuando estuviste con tu padre en Canton haciendo el comercio de crespones? Tan fácil que te hubiera sido el engañar allí á un chino.

TADEA. ¡Oh! (Ap.) (¡Qué recuerdo!) (Alto.) Era yo entónces tan niña!...

VITO. Sí, veinte años. Ya podías entrar en quinta.

TADEA. ¡Vito!

CEL. (Anunciando.) Está servido el café.

TADEA. Vamos á tomarlo?

VITO. Si, vamos á sestear bajo la parra. (Ap.) (Á ver si se comen los mosquitos á esta vírgen de pergamino.)

TADEA. ¿Qué rezas entre dientes, hombre?

VITO. Nada; la letanía. (Váse con Tadea.)

ESCENA IV.

EL CELADOR, á poco RICARDO y LIBORIO.

CEL. No estaría mejor esta pareja encerrada en una jaula? ¡Qué par de tipos! Y él ménos mal; pero ella, con esos aires de sensitiva y un fondo de sargento de caballería!...

LIBORIO. (Entrando con Ricardo.) ¿Usted aquí, mi capitan?

CEL. (Ap.) (¡Hola! Un intruso!)

RICARDO. Sí, vengo de exploracion.

LIBORIO. Yo le hacía á usted en Cuba todavía.

RICARDO. No; hace más de ocho meses que he regresado, por cierto que te busqué inúltimente en la Habana para darte un recuerdo de tu madre...

LIBORIO. Sí, señor, me lo dijo ella, pero justamente por entónces cumplí yo y me volví á España, donde me enganché en la guardia civil, y aquí me tiene usted en el tercio. ¿Y madre, buena?

RICARDO. Perfectamente.

LIBORIO. Siempre en casa de sus padres de usted?

RICARDO. Siempre. Es el vínculo de la familia.

LIBORIO. Como que está allí de criada... ¡toma! Todo el tiempo que tengo yo. Cerca de veinte y nueve años.

RICARDO. Conque yo quisiera...

LIBORIO. Sí, al momento. Celador, este caballero desea visitar el manicomio.

CEL. (Á Ricardo.) Si está usted comprendido en la lista de los que tienen autorizacion especial para ello.

RICARDO. (Dando una moneda al Celador.) Vea usted si está suscrito mi nombre.

LIBORIO. (Al Celador.) Es el capitan don Ricardo.

CEL. Sí, ya le conozco. En ese caso, con una simple órden por escrito del director.

RICARDO. (Dándole otra moneda.) ¿Basta con esta verbal?

CEL. Basta. Cuando usted guste podemos empezar.

RICARDO. No; deseo ir solo.

CEL. ¿Solo?

RICARDO. (Dándole otra moneda.) ¿Hay algun inconveniente?

CEL. No señor, ninguno.

RICARDO. Está bien. Puede usted retirarse.

LIBORIO. Mi capitan... Á la órden.

RICARDO. Adios, Liborio, nos veremos despues; tengo que hablarte. (Váse Liborio.)

CEL. Una pequeña observacion. Si algun loco le dirige á usted la palabra, por Dios y por la Vírgen, no le contraríe usted en su manía, déle usted por la corriente.

RICARDO. Descuide usted. Conozco el procedimiento.

CEL. Pues si no tiene usted que darme... ninguna otra ór-

den...

RICARDO. Sí; que no diga usted una palabra á nadie acerca de mi venida. (*Dándole otra moneda.*) Esto es todo...

CEL. ¿Todo?

RICARDO. Por ahora.

CEL. Ah! Entónces... Hasta luégo. (*Ap.*) (Estos locos ya son más soportables.) (*Váse.*)

ESCENA V.

RICARDO, á poco D. PEDRO.

RICARDO. Por fin ya estoy solo; aquí, respirando el aire que ella respira. Esta vez nadie podrá desunirnos. ¿Quién viene? ¿Será ella? No, un hombre.

PEDRO. (*Ap.*) (Un desconocido.) (*Alto.*) Caballero... (*Entra continuando en su manía de pillarse el dedo, pero cesa al instante.*)

RICARDO. Servidor de usted.

PEDRO. ¿Puedo saber á quién tengo el honor de dirigir la palabra?

RICARDO. ¿Puedo yo saber á mi vez con qué derecho me hace usted esa pregunta?

PEDRO. Tiene usted razon. Debí empezar por decir á usted que yo soy el director de este manicomio.

RICARDO. ¡Ah! Usted dispense.

PEDRO. Nada de eso. Yo debo pedir á usted mil perdones por no haberme dado á conocer ántes.

RICARDO. (*Ap.*) (Es muy atento y muy simpático.) Pues... yo desearía visitar el establecimiento.

PEDRO. Puede usted empezar á recorrerlo cuando guste con entera libertad. Sólo me atreveré á suplicarle á usted que no use de contrariedad alguna con los dementes, pues esto les excita de un modo extraordinario. Daré órden para que le acompañe á usted un Celador.

RICARDO. Si usted me permitiese que girára solo mi visita...

PEDRO. Comprendo. Tiene usted en ello un interés especial. Concedido. Con todo, si necesitase usted algunas noticias no tiene usted más que dirigirse á mí, al director

y me consideraré muy honrado con suministrárselas.

RICARDO. (Ap.) (Jamás ví un hombre más servicial.) (Alto.) Pues bien, la confianza que usted me inspira no me permite ocultarle el móvil que me impulsa á venir aquí.

PEDRO. Yo respeto su silencio y sólo accedo á que usted le rompa por si puede serle de alguna utllidad mi carácter de director.

RICARDO. Yo me llamo Ricardo San Juan, y soy capitan de infantería.

PEDRO. Yo Pedro Nolasco Iglesias, director de este asilo de enagenados.

RICARDO. Muy señor mio.

PEDRO. Su humilde servidor.

RICARDO. Hace un año, hallándome de guarnicion en Cádiz, me enamore ciegamente de una, más bien que criatura humana, belleza angelical. Pusimos en contacto nuestros corazones por medio de cartas, y ya me disponía á presentarme al padre de Marcela, que este es su nombre, en demanda de su mano, cuando una órden súbita del ministro de la Guerra me obligó á salir con mi regimiento para Cuba en un vapor que zarpaba de allí á tres horas.

PEDRO. Terrible contrariedad.

RICARDO. Sin más tiempo que el de prevenirla de mi marcha por un criado suyo, nuestro confidente, me embarqué, y una vez á bordo...

PEDRO. ¿Se mareó usted?

RICARDO. No tuve más pensamiento fijo que el de mi regreso. Á los cuatro meses, que cuatro siglos fueron para mí, llego á Cádiz, busco á Marcela, pero inútilmente. Inquiero, pregunto y averiguo que la infeliz ha perdido el juicio y que toda su familia ha abandonado la ciudad.

PEDRO. (Ap.) (Trágico desenlace, preferible no obstante al del matrimonio.)

RICARDO. Desalentado, preso de la duda, corro á Madrid á mitigar mi afliccion en brazos de mis padres, y ya empezaba á abandonarme la esperanza cuando hará unos

quince dias, paseando mis penas por el Retiro, siento que me dan un brusco abrazo por la espalda. Me vuelvo y me hallo frente á frente de Juan, nuestro intermediadiario, el criado de Marcela. Juzgue usted de m alegría.

PEDRO. Sí; pero hubiera sido mucho mayor si el abrazo se lo hubiera dado á usted ella misma.

RICARDO. Por él supe que sorprendidos nuestros amores por el padre, éste, sin otra explicacion, la había intimado violentamente á renunciar á ellos; que Marcela ante semejante injusticia había perdido la razon, y que despues de instalarla en este manicomio, su padre había decidido irse á vivir en Madrid. Sabedor, en fin, de que Marcela estaba ya convaleciente, y de que en breve debía volver al lado de su familia, mi primera intencion fué venir á verla, á jurarla constancia y fidelidad, pero el movimiento político que estalló en la córte el veintidos de Junio, no me ha permitido hacerlo hasta hoy. Hé aquí el objeto de mi venida y el por qué quiero visitar el establecimiento sin testigos. Deseo que Marcela no experimente una imprevista sensacion, que aunque grata pudiera serle perjudicial.

PEDRO. Pues bien, mi querido amigo, si usted permite que con este título me honre; todo le favorece á usted puesto que el amor no se ha extinguido y que su adorado objeto ha vuelto á recobrar el uso de sus facultades mentales.

RICARDO. Sí, gracias á usted, á su solícito cuidado, á su ciencia maravillosa: cómo pagarle á usted tan inmenso beneficio!

PEDRO. Yo no he hecho nada.

RICARDO. Modesto ademas. ¡Qué joya!

PEDRO. Permítame usted que me retire á ejercer las funciones de mi cargo.

RICARDO. ¿De qué modo le probaría yo á usted mi gratitud?

PEDRO. Basta, basta. Hasta luégo. ¡Ah! Prevengo á usted que entre los dementes hay uno que ha dado en creerse di-

rector del establecimiento y en atribuirse cuantas curaciones opera la Providencia de Dios. Digo á usted esto para que si le encuentra y le habla del restablecimiento de Marcela, le siga usted la corriente y no se dé por entendido, pues fuera de esta manía su trato es discreto y amenísimo. Adios.

RICARDO. ¡Hombre sublime!

PEDRO. (Prosiguiendo su manía de atraparse el dedo.) No me acuesto hasta que le atrape! (Váse.)

ESCENA VI.

RICARDO solo.

Ahora prudencia y tino. Yo sabré destruir cuantos obstáculos se opongan á nuestra union; y si el padre no es una fiera sin entrañas, no se expondrá á que su hija experimente las terribles consecuencias de una nueva negativa.

ESCENA VII.

RICARDO y VITO.

VITO. Entre los mosquitos, las ranas, mi prima y demas animales dañinos, no hay medio de.... (Viendo á Ricardo.) ¡Eh! (Bruscamente.) ¿Qué hace usted aquí?

RICARDO. (Ap.) (Vaya un tio grosero.)

VITO. ¿Está usted sordo? Le pregunto á usted lo que hace aquí.

RICARDO. (Ap.) (¡Dios me tenga de su mano! Prudencia.) (Alto.) Estoy recorriendo el manicomio.

VITO. ¿Y usted no sabe que eso no puede hacerse sin una autorizacion especial del director?

RICRRDO. (Ap.) (Se me están pasando unas ganas de sacudirle las costillas.) (Alto.) Sí señor, ya lo sé.

VITO. Pues por qué no me la ha pedido usted préviamente?

RICARDO. ¡Ah! Usted es...

VITO. El director.

RICARDO. (Ap.) (¡El loco! ¡Vamos! Ya me explico...) (Alto.) Ruego á usted que me perdone la omision y que me otorgue su vénia.

VITO. Concedida. (Sale el Celador y entrega á Vito un pliego grande cerrado, que éste abre, dejando ver otro igualmente cerrado.) ¡Eh! ¿Qué es esto! (Ap.) (Para don Amable García. ¡Ah! ¡Vamos! Me alegro. Éste debe ser el padre de Marcela. Cuando le remiten aquí el correo es porque ya debe estar en marcha para recoger á su hija.) ¡Atchí! (Estornudando.)

RICARDO. ¡Jesús!

VITO. Gracias. No haga usted caso. Es que ayer me corté el pelo, y en cuanto me lo corto constipado seguro.

RICARDO. ¡Ah! (Sorprendido por la peluca de Vito y riendo.) ¿Se cortó usted ayer el pelo?

VITO. Sí señor, me crece de un modo atroz. (El Celador hace señas á Ricardo de que no le contraríe por lo de la peluca.)

RICARDO. (Haciendo señas al Celador de que ya sabe que es loco.) Sí, sí, ya lo veo.

VITO. (Al Celador guardándose el pliego.) Está bien. (Váse el Celador.) (Ap.) (Otro como un caballo.) (Pegándose un bofeton para matarse un mosquito que contempla despues.)

RICARDO. ¿Qué es eso? ¿Qué le pasa á usted?

VITO. ¿Lo que me pasa? ¿Usted no tiene ninguna prima vieja por casar?

RICARDO. No señor.

VITO. Entónces no puede usted comprender mi martirio.

RICARDO. (Ap.) (¡Chiflado!)

VITO. Y á propósito. ¿Usted debe ser soltero?

RICARDO. Sí señor, lo soy.

VITO. (Estrechándole la mano.) Cofrade.

RICARDO. (Ap.) (¡Qué tipo!)

VITO. ¿Me quiere usted hacer el favor de casarse con ella?

RICARDO. ¿Yo? ¿Con quién?

VITO. Con mi prima. Cincuenta años, pobre é insoportable. Ya ve usted que el partido no puede ser más ventajoso.

RICARDO. Efectivamente. Pues, vamos, lo pensaré y...

VITO. No, no lo piense usted, porque si lo piensa de fijo que no se casa.

RICARDO. Hablaremos de ello.

VITO. Ya! (Ap.) (Pero lo ménos posible.)

RICARDO. Ahora usted me permitirá que continúe mi visita.

VITO. Es usted muy dueño.

RICARDO. Hasta despues, señor director. (Váse.)

VITO. Hasta luégo. ¡Ah! (Ricardo vuelve.) Le advierto á usted que está sana y que tiene quien la abone.

RICARDO. Pues... fructificará. (Váse par la izquierda.)

ESCENA VIII.

VITO y á poco JUAN.

VITO. Que fructificará?... Puede. Tambien floreció la vara de San José.

JUAN. (Entra por la derecha haciéndose el paleto, y sólo dejando traslucir en los apartes que es un hombre de buen sentido. Finge hablar con álguien de adentro.) Sí, sí, ya le veo; téngame usted cuidado de la jaca.

VITO. ¿Quién?

JUAN. (Ap.) (Valor y astucia.) (Alto.) Buenas tardes, señor director.

VITO. Felices.

JUAN. Usted no tendrá el honor de conocerme.

VITO. Efectivamente, no tengo ese honor. (Ap.) (Habrá jumento.)

JUAN. Á mí me dicen Juan.

VITO. Por mí aunque le digan á usted Pedro.

JUAN. Y yo venía... porque, vamos, cada uno se las agencia como puede, y como dijo el otro...

VITO. Mire usted, á mí no me importa lo que el otro dijo, sino lo que usted tiene que decirme.

JUAN. Á eso voy, señor director. Yo soy muy pobre.

VITO. Peor para usted.

JUAN. Y, vamos, me busco la vida como cada hijo de vecino. No sé si usted sabrá que yo tengo un oso.

VITO. ¿Un oso? Hombre, y dígame usted, ¿es soltero?

JUAN. ¿Quién, el oso?

VITO. (Ap.) (¡Qué barbaridad! El deseo de casarla me hace perder la chaveta.)

JUAN. Pues... como yo no cuento con otro patrimonio, quiere decir que recorro con él los pueblos enseñándole á la gente. Al salir de la ciudad me dije, digo: Juan, el primer pueblo está muy lejos; quiere decir que harás noche en la casa de locos. Y por eso he venido.

VITO. ¿Que ha venido usted á pasar la noche aqui con el animalito? Pues hombre, me gusta la ocurrencia. Usted ha almorzado fuerte.

JUAN. Ni fuerte ni flojo. Desde ayer no ha entrado por mi boca ni pan bendito.

VITO. Vaya, vaya! Déjeme usted tranquilo. Si no puede usted continuar su viaje, vayan usted y su oso á pedir asilo al domador que está vivaqueando con sus bestias junto á las tapias del parque, al aire libre. Aquella es una excelente casa de pupilos para semejantes huéspedes. No parece sino que todos los animales se hayan dado cita aquí. Yo no necesito fieras. Ya tenyo una.

JUAN. ¡Ah! Usted tiene tambien un oso.

VITO. No, es una osa; la osa mayor. Una constelacion. Conque en marcha.

JUAN. Pues vamos, yo no me voy.

VITO. Me gusta la franqueza. Hombre, quién manda aquí!

JUAN. Toma; el amo.

VITO. ¿Y quién es el amo, usted?

JUAN. No señor, el que me ha dado esta carta. (Entregándole una.)

VITO. ¡La letra de don Acisclo!

JUAN. Eso, del propietario del establecimiento.

VITO. (Leyendo.) «Mi querido don Vito.»

JUAN. Calla. Don Vito. Tiene usted un nombre para bailar.

VITO. «Dé usted hospitalidad en el manicomio al portador y »á su oso. Guarde usted á entrambos las mayores con»sideraciones.»

JUAN. Eso es.

VITO. Pues señor, yo estoy en babia ó don Aciscio está en el caso de venir á habitar su casa en persona.

JUAN. ¡Bah! Pues poquito que quiere él á mi oso. Un dia me dijo, dice: ¿Me lo vendes? y yo le dije, digo: No. Y él me dijo, dice...

VITO. Pues lo que yo digo, digo, es que don Aciscio no me conoce, si piensa que yo...

JUAN. ¿Qué no le conoce á usted? Vaya. Me dijo, dice: Verás, el director es un señor así... de buen ver, templado, con un cabello muy hermoso... (Ap.) (Explotemos su debilidad!)

VITO. (Lisongeado.) ¡Ah! Don Aciscio le ha dicho á usted... La verdad es que yo no puedo oponerme á lo que él dispone, pero si por un descuido llegára á escaparse y tuviéramos algo que sentir...

JUAN. No, señor, si es lo más manso! Y luégo está enfermo, siempre echado.

VITO. ¡Hombre! ¿Y qué padece?

JUAN. Yo creo que tiene cavilaciones.

VITO. ¿Cavilaciones un oso?

JUAN. Diré á usted. ¡Como es un oso sábio!

VITO. ¡Ya! El exceso del estudio. ¡Cosa más rara!

JUAN. Conque ¿le traigo?

VITO. Pero ¿dónde lo voy yo á meter?

JUAN. En cualquier parte. No es más que hasta mañana al amanecer. Luégo él tiene su jaula.

VITO. Como no le acomode á usted la entrada de esta alameda...

JUAN. Lo mejor del mundo. Ahora en verano no importa el relente. Vaya, pues voy por él. Le tengo aquí. (Váse.)

VITO. Pues señor, en virtud de las órdenes que don Aciscio me da en su carta, yo debería ponerme el frá para recibir esta visita.

ESCENA IX.

VITO, TADEA y á poco JUAN, conduciendo de las riendas una jaca enganchada á una jaula-carro, tendido en cuyo fondo viene D. Amable vestido con una botarga de oso negro.

TADEA. ¡Vito! ¡Vito! ¿Qué es esto?

VITO. ¿El qué?

TADEA. Esa fiera que traen en un carro-mato.

VITO. La he mandado pedir yo para formar pareja.

TADEA. ¿Pareja un oso? ¿Con quién?

VITO. Contigo.

TADEA. Deja á un lado las tontunas y respóndeme.

VITO. Nada, es un huesped que va á pasar la noche con nosotros. Mira si tiene recomendaciones! (Le da la carta.)

JUAN. Aquí está ya. (Conduciendo el carro al fondo de la escena y desenganchando la jaca.)

TADEA. ¡Qué ocurrencia y qué temeridad!

JUAN. Compasion da el verle.

VITO. En efecto, tiene el aire abatido.

TADEA. ¿Está enfermo?

VITO. Sí; sufre del hígado á consecuencia, segun dicen, de haber vivido muchos años con una prima suya.

TADEA. ¡Salvaje!

VITO. Salvaje no, pero le faltaba poco.

JUAN. Ahora me dirá usted dónde metemos á la jaca.

VITO. ¡Ah! ¿La jaca tambien?

JUAN. Naturalmente, no es cosa de que pase la noche al fresco. Ya ve usted que don Acisclo dice...

VITO. Sí, sí, es muy natural.

JUAN. Conque adónde la ponemos?

VITO. Hombre, estaba pensando si le cedería mi alcoba.

JUAN. ¡Cómo! ¿No tiene usted cuadra?

VITO. No señor, yo tengo alcoba.

JUAN. Pero vamos al decir, en el establecimiento...

VITO. En el establecimiento hay una caballeriza. Se llevará á ella á su jaca de usted y...

JUAN. Y la echarán un pienso.

VITO. (Armándose de paciencia.) Sí señor, se le echará un pienso y á usted se le dará otro... refrigerio cualquiera.

JUAN. Gracias.

TADEA. Da las órdenes, hombre

JUAN. No, iré yo mismo, no cometan alguna barbaridad. Ademas de que les debo hacer los honores de la casa para complacer al propietario.

TADEA. Es muy original!

JUAN. ¿Esta señora es su hija de usted?

VITO. (Mirando de hito en hito á Juan lleno de cólera.) ¡Vuelvo! (Váse.)

JUAN. ¡Eh! No corra usted, que no le puedo seguir! ¡Don Vito! (Váse tras Vito llevándose la jaca.)

ESCENA X.

TADEA y á poco RICARDO.

TADEA. No le ha hecho maldita la gracia la equivocacion. Me alegro, porque él es tan vanidoso! Por supuesto que cualquiera al vernos incurriría en el mismo error. La verdad es que yo parezco hija suya. ¡Ay! Pero me dejan sola con esta fiera! Si por un incidente se escapase... Vamos, no me hace feliz esta ocurrencia. Alejémonos de aquí.

RICARDO. (Ap.) (Aún no he podido dar con ella. ¿Dónde estará?)

TADEA. (Ap.) (¡Calle! ¡Un desconocido! Qué jóven y qué guapo es.)

RICARDO. (Ap.) (Una mujer?... No, es una vieja.)

TADEA. (Ap.) (Y cómo me mira!) (Se arregla el tocado con afectada coqueteria, mirando á Ricardo con risueña expresion.)

RICARDO. (Ap.) (Digo, digo; pues apenas si hace dengues la tal señora.)

TADEA. (Ap.) (No se insinúa.) (Repite su juego.)

RICARDO. (Ap.) (Debe ser alguna loca, porque esas tonterías á su edad...)

TADEA. (Ap.) (Y sin embargo continúa lanzándome miradas

llenas de fuego.) (Alto.) ¡Caballero!

RICARDO. Señora!

TADEA. ¿Haría usted el favor de decirme qué hora es?

RICARDO. Muy tarde, señora, muy tarde. Las cinco. (Consultando el reloj.)

TADEA. Jamás es tarde si la dicha es buena. (Mirándole de hito en hito.)

RICARDO. (Ap. observándola.) (Esos ojos... Sí, son los de una razon extraviada.)

TADEA. Pero... ¿Por qué me mira usted de esa manera?

RICARDO. Yo... por... (Ap.) (Tiene razon. La estoy observando de un modo hasta insolente.)

TADEA. Debe usted hacerse cargo de que los ojos tienen su lenguaje, y las palabras que los de usted me dirigen han de inspirar necesariamente temores á una sensibilidad tan exquisita como la de que se participa á mi edad.

RICARDO. (Ap.) (¡Digo!) (Alto.) ¿Cuántos años tiene usted, señora?

TADEA. Quince.

RICARDO. (Ap.) (¿Qué dudo? ¡Loca rematada!) (Alto.) Mi palabra de honor. No los representa usted.

TADEA. ¡Lisonja!

RICARDO. Tiene usted una tez infantil, y una boca y un talle...

TADEA. (Ap.) (¡Ay! Que me parece que le he flechado!) (Alto.) Quien le oyera á usted creería que sus frases están dictadas por el fuego de una pasion repentina.

RICARDO. (Ap.) (Su manía es á propósito para pasar un rato divertido si fuese otro el estado de mi ánimo.)

TADEA. ¿Calla usted?

RICARDO. (Ap.) (Lo dicho, quiere que la requieran de amores. ¡Si la contradigo!...) (Alto.) Dice el refran que quien calla otorga.

TADEA. (Ap. en el colmo de la alegria.) (No cabe duda!) (Alto.) Caballero, yo no sé si debo escuchar... Mi recato, mi pudor...

RICARDO. Sí, á usted ya le es lícito todo.

TADEA. ¿Qué? (Sobre sí.)

RICARDO. (Ap.) (¡Qué imprudente!) (Alto.) Sí, ya la es á usted lí-

cito todo (*Tratando de enmendarlo.*) porque... porque para el amor no hay obstáculos, y yo he leido en su semblante de usted que mi pasion ha sido comprendida.

TADEA. Pues bien, aunque me cueste rubor... Sí. ¿Por qué negarlo? Ver y amar es peculiar de las almas sensibles como la mia.

RICARDO. (*Ap.*) (Atiza!)

TADEA. Y usted ¿no me engaña?

RICARDO. ¿Yo? (*Ap.*) (La risa pugna por salir á manifestarse.)

TADEA. Es preciso que usted me tranquilice respecto á sus intenciones.

RICARDO. Las más puras.

TADEA. Yo soy pobre, pero honrada, sensible, pero fiera de mi virtud, y si despues de haberme hecho soñar un paraiso de ventura me apercibiese de que alimentaba usted una alevosía...

RICARDO. (*Ap.*) (Diantre, que se exaspera. Calmémosla.) (*Alto.*) Ni retrocedo jamás en mis decisiones, ni doy ocasion á que se dude de mi honradez.

TADEA. (*Reclinándose en su hombro.*) Luégo... ¿Me amas?

RICARDO. Te amo. (*Ap.*) (Ya está más tranquila.)

TADEA. ¡Oh! Felicidad suprema.

ESCENA XI.

DICHOS, VITO y JUAN, á poco D. PEDRO.

VITO. ¿Se le ofrece á usted algo más? ¡Eh! ¿Qué veo? (*Apercibiéndose de la actitud de Tadea y Ricardo.*)

TADEA. (*Ap.*) (¡Vito!)

RICARDO. (*Ap.*) (El loco de ántes.)

JUAN. (*Ap.*) (El señorito Ricardo! ¿Él aquí? Con este disfraz no temo que me reconozca.)

VITO. Señora. ¿Podria usted explicarme lo que significa esa adherencia de indivíduos?

TADEA. (*Ap.*) (No sé qué contestar...)

PEDRO. (*Á Ricardo.*) (¿La encontró usted al fin?)

RICARDO. (Á Pedro.) (Aún no.)

VITO. Calla usted y baja la vista con vergüenza. (Ap.) (Pero es un disparate lo que pienso. Si no puede ser.)

TADEA. (Ap. á Ricardo.) (Nos ha sorprendido, es mi primo. Cumpla usted su palabra, y pídale mi mano devolviéndome el honor.

RICARDO. (Ap.) (¡Demonio! Ya estoy harto de...)

VITO. (Á Ricardo.) Y usted, caballero, ¿nada dice para justificarse?

TADEA. (Á Ricardo.) ¿Qué vacilación es esa?

RICARDO. (Á D. Pedro, ap.) (Diga usted. ¿Este señor y esta señora están realmente enagenados?)

PEDRO. (Ap. á Ricardo.) (Son los más locos del establecimiento. Aquel (Por Vito.) es el que pretende usurpame mis atribuciones de director, y ésta (Por Tadea.) es una desgraciada encubridora de sus años, que cree encontrar un marido en cada hombre que ve.)

RICARDO. (Ap. á D. Pedro.) (De modo que no hay peligro en proseguir su manía?...

PEDRO. Al revés; el peligro se correría contrariándosela.)

VITO. ¿Ninguno me responde?

RICARDO. Caballero, yo. (Con énfasis.) Nada existe atentatorio contra la virtud de esa señora, pero no importa; usted es su primo y yo tengo el honor de pedirle á usted su mano.

JUAN. (Ap.) (¡Qué oigo! Imposible.)

TADEA. (Con júbilo.) ¡Ah!

PEDRO. (Ap. á Ricardo.) (Así, así; de estas comedias tenemos aquí ciento todos los dias.)

VITO. (Sorprendido.) ¿Su mano? ¿Usted? Á ver la suya. (Toma el pulso á Ricardo, le toca la cabeza y le hace, en fin, un reconocimiento para ver si está loco.)

RICARDO. (Ap.) (Ahora le entra á éste la tema.)

VITO. No; es notable. Usted me pide su mano, y sin embargo no está loco.

TADEA. Pues no faltaba más...

RICARDO. Y ¿por qué he de estarlo?

VITO. (Ap. á Ricardo.) (Pero hombre, casarse usted con mi prima, que cuenta más Navidades que pelos tengo yo en la cabeza.)

RICARDO. (Ap.) (Ya salió aquello.) (Alto.) Pues usted mismo no me brindó hace poco con este enlace?

VITO. Sí, pero yo lo dije en broma.

RICARDO. Si le pesa á usted que yo lo tome en serio!...

PEDRO. (Ap. á Ricardo.) (Bravo! Esa es la manera de proceder. Un tira y afloja.)

VITO. ¡Pesarme! ¿Pesarme á mí de que me libre usted de una biblioteca de años encuadernados en pergamino? Jamás; pero me sorprende que una simple insinuacion mia haya bastado... (Abrazándolos á todos.) ¡Oh! Fénix de los amigos improvisados, prima idolatrada, adorable director!

RICARDO. (Ap.) (Período álgido!)

TADEA. (Á Ricardo.) No hay que hacer caso, está loco.

VITO. (Á Pedro.) Director, señor director, mande usted tocar la campana; quiero que se congregue aquí todo el mundo.

TADEA. ¡Qué dia de júbilo!

VITO. ¡Ah! El matrimonio es una de esas cosas que deben hacerse en caliente. Por lo tanto mientras tiene lugar la boda y á fin de que ninguno se arrepienta...

TADEA. No seré yo. (Suena una campana.)

VITO. Sin que lo jures lo creo; pero él...

RICARDO. He dado mi palabra y basta.

VITO. Corriente; pero para que exista ya un vínculo indisoluble hasta cierto punto, quiero que hoy mismo quede firmado entre ustedes el contrato de esponsales.

JUAN. (Ap.) (¡Qué oigo!)

RICARDO. (Ap. á Pedro.) (La verdad es que tiene gracia el ver con qué fervor lo toman; como si fuera todo verdad.)

PEDRO. (Ap. á Ricardo.) (Lo mismo.)

VITO. (Á Pedro.) Á ver, señor director, ordene usted al momento que un hombre cualquiera vaya á la ciudad y nos traiga un notario sin demora.

JUAN. (Ap.) (Aquí de mi astucia.) (Alto á Vito.) Si usted quiere yo ensillaré mi jaca, que es un rayo, y en una hora estoy de vuelta con él á la grupa.

VITO. Pues vuela. (Váse Juan.)

ESCENA XII.

DICHOS, ménos JUAN. Los locos entran alborotando, á poco MARCELA.

LOCOS. ¡Qué ocurre! ¡Qué pasa!

RICARDO. (Á Pedro.) ¡Uf! ¡Qué alboroto! Haga usted por Dios que moderen sus gritos.

PEDRO. Órden y compostura, señores. (Todos callan.)

RICARDO. (Ap.) (Cuánto puede la sola voz del director.)

VITO. Ocurre que hoy se retirarán ustedes una hora más tarde en celebridad de la boda de mi prima. (Á Ricardo.) ¿Su nombre de usted?

PEDRO. Don Ricardo San Juan.

MARC. (Ap.) (¡Ricardo San Juan!)

VITO. ¡Vivan los novios!

TODOS. ¡Vivan! (Silencio general para que se oiga la frase siguiente:)

MARC. ¡Cielos¡ ¡Él! ¡Ah! (Cae desmayada sobre una silla.)

RICARDO. ¡Esa voz!

VITO. ¡Pobrecita! ¡desmayada! (Ricardo va á arrojarse sobre Marcela y los locos envuelven á él y á Tadea y se los llevan á los gritos de «Vivan los novios.» Vánse todos.)

ESCENA ÚLTIMA.

MARCELA, VITO, AMABLE, en la jaula.

VITO. Los gritos sin duda, el calor... (Socorriéndola ve un medallon que lleva Marcela pendiente del cuello y se lo quita.) Pero... ¡Dios mio! ¿Qué ven mis ojos? ¡Este medallon! En su poder... Luego Marcela es...

MARC. (Que ha ido recobrándose durante el monólogo de Vito, hace un supremo esfuerzo y se va gritando:) ¡Ricardo! Ricardo!...

VITO. ¡Ah! Se marchó. No importa. Yo correré en su busca

y la diré: «Marcela, Marcela, yo soy tu padre!» (*Váse.*)

Amable. (*Que está de pie en la jaula, se levanta la caperuza de la botarga de oso y dice mostrando su cabeza.*) ¡Embustero! ¡Su padre soy yo! (*Vuélvese á meter la caperuza y lanza un gruñido.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

VITO y AMABLE. Éste siempre en su jaula.

VITO. Apenas si puedo dar crédito á lo que ven mis ojos. ¡Yo padre! ¡Ella hija mia! Hé aquí las consecuencias de una falta. Un hombre hace la córte á una mujer, esta mujer cree en sus protestas de fidelidad, accede á sus súplicas, el hombre la abandona, la olvida, y cuando ménos lo presume, la Providencia se desploma sobre su cabeza en la forma de un hijo... No, de una hija. Porque ¿quién puede dudar? Este medallon pendiente de su cuello, su cara, que es un vivo retrato... Todo. ¡Ah! Héla aquí. ¡Cómo me late el corazon! ¡Calma! Procedamos con cautela.

ESCENA II.

DICHOS y MARCELA.

MARC. (Ap.) (Puede caber tanta perfidia en el corazon de un hombre. ¡Oh! No, no quiero verle.)

VITO. (Ap.) (Mi misma nariz!)

MARC. (Ap.) (No es posible que haya razones para justificar su conducta.)

VITO. (Ap.) (Mi mismo pelo... cuando yo le tenía.)

MARC. (Ap.) (¡Oh! Y la pena me ahoga. Fuera de mí este recuerdo que tantas veces ha endulzado mis amarguras en su ausencia. (Buscando el medallon.) Pero ¿dónde está?)

VITO. (Ap.) (¡Creo que echa de ménos el medallon!)

MARC. (Ap.) (Jamás se ha separado de mí!...)

VITO. ¿Busca usted algo, hija mia? (Ap.) (Ya la he llamado hija mia. Me iré insinuando porque su razon no está aún muy fuerte para recibir bruscas impresiones.)

MARC. Sí, señor, busco... un medallon que he debido perder sin duda.

VITO. ¿Y le tenía usted en mucho aprecio?

MARC. ¡Oh! En mucho. Es la prenda más cara para mí. Ella me recuerda el objeto más querido.

VITO. (Ap.) (¡Padre afortunado! ¡No me maldice!)

MARC. Y sin embargo...

VITO. Sin embargo ¿qué?

MARC. Debiera odiarle porque es el más infame de los hombres.

VITO. ¡Ay! sí, muy infame.

MARC. ¡Cómo! ¿Sabrá usted por ventura?...

VITO. Todo, hija mia. (Muy marcado.)

MARC. ¿Es posible?

VITO. He dicho que todo, hija mia. (Pausa.) (No comprende aún.)

MARC. Me ha abandonado.

VITO. (Ap.) (Á quién se lo cuenta!)

MARC. Yo que he perdido por él el juicio y que he soportado mi existencia en la esperanza de encontrarle algun dia.

VITO. (Ap. llorando.) (¡Su locura tambien pesando sobre mi conciencia! Soy un monstruo.)

MARC. ¡Qué veo! ¡Le enternece á usted la historia de mis atribulaciones! ¡Alma noble y generosa!

VITO. ¡Sufra usted el condigno castigo de su aleve proceder!

(Reprochándose á sí mismo.)

MARC. ¡Yo que me le habia imaginado tan bueno!

VITO. No, mire usted... malo, malo no lo es.

MARC. El hombre que se burla de una mujer enamorada no merece perdon.

VITO. No lo merece, pero... ¿Y su madre de usted?

MARC. La perdí.

VITO. (Ap.) (¡Muerta!) (Alto.) ¡Ay! Yo tambien la perdí... (Ap.) (Á ver si así me entiende.)

MARC. Murió dándome el ser.

VITO. (Ap.) (¡Un nuevo cargo en el capítulo de mis remordimientos!) (Alto.) ¿Y usted no sospecha quién pueda ser ese... monstruo?

MARC. ¿Si lo sospecho? ¿Pues qué duda cabe? Lo sé.

VITO. (Ap.) (¡Lo sabe! Y no se arroja en mis brazos! Empiezo á temer que su razon no esté muy segura todavía.)

MARC. (Ap.) (¿Qué querrá decir?)

VITO. Y... vamos!... ¿Qué clase de hombre es?

MARC. Pero usted se chancea! Si tiene usted conocimiento de todo, á qué fingir ignorar que es un capitan de infantería?

VITO. (Ap.) (Lo dicho; este objeto de conversacion la hace desvariar? Procuremos recoger sus ideas.) (Alto.) ¿Un capitan de infantería?... Yo creo que usted confunde...

MARC. ¡No!

VITO. Que yo sepa, él no ha sido más que cabo furriel de la cuarta del primero de milicianos nacionales.

MARC. Lo querrá usted saber mejor que yo que trataba de casarme con él?

VITO. (Ap.) (¡Ave María Purísima! ¡Padre desgraciado! ¡Yo que la creía curada!) (Alto.) Pero recapacite usted, hija mia, que eso no puede ser.

MARC. Ya lo sé; semejante matrimonio argüiría en mí una ausencia absoluta de decoro y de pudor.

VITO. (Ap.) (Ahora la entra un período de lucidez.) (Alto.) Efectivamente. Unirse á un hombre que ha sido el causante de las degracias de su madre de usted!...

MARC. ¿Él?

VITO. Sí... él. (Ap.) (¡Con qué tono ha dicho ese él! Como quien dice: tú!)

MARC. Pero usted delira. Si cuando él pudo conocer á mi madre debia ser...

VITO. Muy jóven? Ya lo creo.

MARC. Un niño.

VITO. De veinte y cuatro años.

MARC. ¡Á ver! Don Vito. (Acercándose á él y mirándole con extrañeza.) Si hoy apenas representa veinte y nueve.

VITO. (Ap.) (¡Me adula! Efectos del amor filial!) (Alto.) No, hija mia, no. Está bien conservado; pero ya no cumplirá los cincuenta y cinco.

MARC. ¡Jesús! ¿Pero de quién habla usted, hombre?

VITO. ¿Qué de quién hablo? (Ap.) (¡Valor!) (Saca el medallon y se lo enseña con aire compungido.)

MARC. ¡Ah! ¡Mi medallon! Devuélvamele usted... (Arrepentida de su arranque.) Aunque... No. Quédese usted con él. No quiero nada suyo.

VITO. Clemencia, un poco de clemencia. (Poniéndola delante el espejo de un peine de bolsillo con que repetidas veces se habrá peinado y se peinará la peluca en el curso de la representacion.) Hágame usted el favor de mirarse la nariz...

MARC. Pero...

VITO. Míresela usted.

MARC. ¿Y qué?

VITO. Ahora mire usted la mia.

MARC. (Ap.) (¿Se ha vuelto loco?)

VITO. ¡El mismo perfil! Míreme usted los ojos.

MARC. ¡Caballero!

VITO. Mírese usted los suyos.

MARC. Esta farsa tan grosera!...

VITO. ¡Cómo! ¿Nada le dice á usted?...

MARC. ¿El qué?

VITO. El medallon.

MARC. Sí, pero...

VITO. Mi nariz.

MARC. ¡Dale!

VITO. Mis ojos.

MARC. Ganas me dan de sacárselos á usted si no se explica.

VITO. Pues bien... que... yo soy el seductor de aquella mártir que está en el cielo. Que yo soy tu padre, Marcela.

MARC. ¡Caballero! (Muy grave.) Respete usted las cenizas de la que fué modelo de esposas.

VITO. ¿Qué?

MARC. Que ninguna sombra oscurece mi nacimiento, que conozco á mi legítimo padre, y que usted se equivoca groseramente.

VITO. Pero y este medallon, que yo mismo la regalé y que ella me juró suspender al cuello de nuestro hijo, si le teníamos, cuando tan bruscamente nos separaron?

MARC. Yo nada sé sino que usted calumnia á mi madre. En cuanto á ese medallon, lo único que puedo decir de él es que apenas hace un año que le tengo en poder mio; que un hombre á quien he consagrado mi existencia me lo trasmitió en una carta como un recuerdo, momentos ántes de embarcarse para Cuba, y que hoy me ha convencido de que su amor era una impostura infame.

VITO. ¡Cielos! ¡Qué oigo! Usted perdone el error...

MARC. (Yéndose.) Me ha hecho usted mucho daño.

VITO. Un momento. El nombre de ese hombre.

MARC. Ricardo San Juan. (Vásc.)

ESCENA III.

DICHOS ménos MARCELA.

VITO. ¡Ricardo San Juan! ¡El prometido de Tadea! ¿Conque no era mi hija? Es claro, si conoce á su padre legítimo! Es decir... Eso no es una razon; pero en fin, no era ella, desde el momento en que es él. Ademas, Marcela tiene muy pocos años. Sí, ahora lo recuerdo perfectamente. Mis mismos ojos, mi misma nariz, el mismo pelo que yo tengo... en el retrato que me pintaron cuando le

tenía! Y luégo su apellido, San Juan. El de cualquier santo, bajo cuya proteccion se pone á todo niño cuyo padre es... un demonio. Me alegro. Le prefiero macho como yo. ¡Y capitan de infantería! ¡Vamos! Estoy loco de placer! Corro á estrecharle en mis brazos.

AMABLE. Caballero.

VITO. ¡Eh! Creo que me llaman!

AMABLE. Caballero.

VITO. Pero ¿adónde debo dirigirme?

AMABLE. Hácia aquí, hácia la jaula.

VITO. ¡Hácia la jaula! No veo á nadie. (Acercándose á ella.) ¿Quién es usted?

AMABLE. Yo. El oso.

VITO. (Retrocediendo.) ¡Ave-María purísima! ¡Un oso parlante!

AMABLE. Silencio. No tema usted, soy un hombre; vengo recomendado por don Acisclo.

VITO. ¡Ah! Ya comprendo.

AMABLE. ¿Estamos solos? (Abriendo la jaula y bajando de ella.)

VITO. Sí señor, solos. (Ap.) (¿Qué nuevo belen será este?)

AMABLE. Si llega álguien me previene usted, me pongo la caperuza y me vuelvo á la jaula. Nadie podrá extrañarse de encontrarme con usted, puesto que paso por un oso domesticado. (Se quita la caperuza.)

VITO. (Ap.) (Uf! ¡Qué cara de vinagre tiene el mozo!)

AMABLE. (Sacudiéndole un puñetazo en el hombro.) Tenemos que hablar.

VITO. (Ap.) (¡Qué bárbaro!) (Alto.) Sí, pero para hablar no se necesita romperle á uno la clavícula.

AMABLE. Esto no es más que el prólogo. Yo tengo un carácter angelical. (Inútil es recomendar al actor encargado de este papel que le imprima un sello violento y brutal.)

VITO. Ya se conoce.

AMABLE. Pero cuando me contrarían ó me injurian le retuerzo el pescuezo á un hombre como pudiera hacerlo con una gallina.

VITO. (Ap.) (Carne de idem se me está poniendo de escucharle.)

AMABLE. Yo me llamo Amable.

VITO. Y en realidad lo es usted mucho. Conque usted es el padre de Marcela?

AMABLE. Sí señor, y soy capitan.

VITO. (Ap.) (De bandidos.) (Alto.) Bonita graduacion.

AMABLE. Negrero.

VITO. (Ap.) (¡Digo!) (Alto.) Mal color.

AMABLE. Retirado.

VITO. (Ap.) (Del comercio social por salvaje.)

AMABLE. (Desperezándose y dando una sacudida á Vito.) ¡Ay! ¡Qué ganas tenía de dilatar mis miembros!

VITO. (Ap.) (¡Éste me rompe hoy algo!)

AMABLE. Metido en esa maldita jaula sin poder revolverme.

VITO. Y... ¿puedo saber á qué causa obedece esa metempsícosis?

AMABLE. Meten... qué? (Irascible, creyéndolo insulto.)

VITO. Quise decir metamórfosis.

AMABLE. Meta... cómo? (Id.)

VITO. ¡Vamos! ¡El disfraz! (Ap.) (¡Jesús! ¡Qué bruto!)

AMABLE. Esto es otra cosa. Á mí no hay que venirme con palabras que yo no entienda. Sí señor, lo sabrá usted; pero cuidado con que se le escape ni una sílaba de ello, porque...

VITO. ¡Oh! Descuide usted.

AMABLE. (Sacando un rewolver.) De lo contrario le practico á usted un túnel en la cabeza.

VITO. ¡Eh! Por Dios. Que puede estar cargado.

AMABLE. Siempre. (Se lo guarda.)

VITO. (Ap.) (¡Bonito porvenir!)

AMABLE. Yo vivía en Cuba.

VITO. Cada uno vive donde mejor le parece.

AMABLE. No señor; á mí no me parecía mejor, pero me convenía.

VITO. Pues eso he querido decir, que usted habitaba Cuba como Diógenes habitaba un tonel, por conveniencia. Yo tambien he vivido en la Habana.

AMABLE. No me interrumpa usted. Toda mi familia se reducía á

una hermana.

VITO. Corta era.

AMABLE. ¿Quién? ¿Mi hermana? No era corta, sino muy larga, por el contrario. Estaba soltera; pero un dia me apercibí... de lo que á usted no le importa, y la arrojé de mi casa sin que hasta hoy haya vuelto á saber una palabra de ella. Yo soy así; hombre de mar, no me ando nunca por las ramas.

VITO. Bien hecho.

AMABLE. Despues de algunos años, aburrido de vivir solo, me casé...

VITO. (Ap.) (¡Pobre señora!)

AMABLE. Con un ángel que murió...

VITO. (Ap.) (No podía ser de otro modo.)

AMABLE. Al dar á luz una niña.

VITO. Es natural.

AMABLE. No señor, es legítima. Aquel golpe me partió.

VITO. (Ap.) (¡Que no fuera verdad!) (Alto.) Le partió á usted en metáfora.

AMABLE. ¿En meta... qué? ¿Acabará usted con sus meteduras?

VITO. (Ap.) (Andese usted en retóricas con un hombre semejante.)

AMABLE. Puse á mi niña en ama y vine á la Península á reclutar gente para una nueva expedicion. Pero apenas desembarqué en Cádiz, ¿qué dirá usted que ví? (Dándole un pisoton á Vito en la vehemencia de su discurso.)

VITO. ¡Las estrellas!

AMABLE. No señor, era de dia.

VITO. Pues así las he visto yo.

AMABLE. Ví á una mujer con la misma cara, el mismo talle, el vivo retrato, en fin, de mi difunta. Al momento decidí casarme con ella.

VITO. (Ap.) (Para tener álguien á quien matar. Se conoce que no le gusta estar ocioso.)

AMABLE. Su familia, á quien jamás conocí, se opuso á nuestra boda al tener noticia de mi profesion.

VITO. ¡Qué picardía! Una carrera tan brillante y tan...

AMABLE. Y yo, que no puedo sufrir una contrariedad, me puse de acuerdo con ella y nos casamos en secreto. Á los dos dias abandoné la Europa con la esperanza de regresar en breve y ver aplacada la ira de sus padres ante los hechos consumados, ó bien recoger á mi esposa si aquellos monstruos se obstinaban en su negativa. Pero al abandonar las costas de la Guinea con mi buque cargado de ébano...

VITO. ¡Ah! ¿Fué usted á comprar maderas?

AMABLE. No señor; nosotros llamamos ébano á los negros. Al abandonar, repito, las costas de la Guinea, un corsario nos dió alcance, nos abordamos, y en la lucha caí mortalmente herido y prisionero. Los periódicos ingleses dijeron que yo había sido ahorcado, y la noticia de mi muerte se esparció por todo el mundo.

VITO. ¡Ay! si yo hubiera estado allí!

AMABLE. ¿Por qué?

VITO. Por... nada, porque á mí me gustan mucho los abordajes.

AMABLE. Es un espectáculo muy hermoso!

VITO. (Ap.) (Cómo te hubiera yo descabellado!)

AMABLE. Siete años me tuvieron preso, al cabo de los cuales conseguí evadirme, y despues de recoger á mi niña hice rumbo hácia Cádiz, donde inútilmente busqué á mi esposa. Inquirí con maña, y pude averiguar que despues de llorarme por muerto... ¡Malditos periódicos! Desde entónces que no los uso para nada.

VITO. ¿No los lee usted?

AMABLE. Tampoco. Que despues de llorarme por muerto habian partido todos de Cádiz, á los tres meses de mi secreto matrimonio, con rumbo desconocido.

VITO. De modo que puede que la pobre señora sea hoy bígama.

AMABLE. Biga... qué?

VITO. Bígama se dice de la mujer que tiéne dos maridos, como se llaman bípedos á ciertos animales que andan en dos piés.

AMABLE. Yo no sé si será eso que usted dice; el resultado es que me establecí en Cádiz por si algun dia regresaba ella á su cuartel general. Pero todo fué inútil, los años pasaron y no volví á verla. Creció entre tanto mi hija.

VITO. Es natural.

AMABLE. ¡Ya le he dicho á usted que es legítima! Llegó á la edad de las pasiones, y en fin, hace seis meses perdió la razon por... por causas que no me da la gana de referir á usted.

VITO. (Ap.) (Como si se necesitáran otras que la de tener un padre como tú.)

AMABLE. Una familia amiga nuestra la trajo á este manicomio; yo me marché á Madrid, y como soy tan liberal...

VITO. ¡Ah! ¿Es usted liberal?

AMABLE. Riego y yo. Me metí en la jarana que estalló el veintidos en la córte, y me distinguí tanto, que el consejo de guerra me ha condenado á muerte. He pasado unos dias escondido, pero ya es necesario que gane la frontera, para lo cual mi criado se ha hecho con el pasaporte de un domador, mientras que yo, disfrazado de oso y fingiéndome enfermo, consigo burlar la vigilancia de mis perseguidores.

VITO. Y usted gruñirá bien.

AMABLE. ¡Qué!

VITO. Digo, para desorientar á los que pudieran tener dudas.

AMABLE. Ahora, como usted comprenderá, lo que me urge es comunicar con Marcela que, ya restablecida, me esperaba para regresar á Madrid, y enterarla de lo ocurrido, dándola las instrucciones para que vaya á reunirse conmigo en Francia.

VITO. ¡Ah! ¿Usted quiere?...

AMABLE. Que corra á prevenirla de mi llegada, y que, protegidos por la oscuridad de la noche, nos procure usted una entrevista, á fin de que yo pueda explicarla por qué me opuse á su boda.

VITO. Pero...

AMABLE. (Amenazante.) ¿Se atreve usted á contrariarme?

VITO. Líbreme Dios.

AMABBE. Y cuidado con que vuelva usted á suponerse su padre como hace poco.

VITO. No... si aquello fué un error.

AMABLE. Es que ni por error tolero que se mancille el nombre de aquella santa que fué su madre.

VITO. Descuide usted. Voy á decir á Marcela...

AMABLE. Sobre lo demas mucho ojo con lo que se habla.

VITO. Seré mudo. .

AMABLE. Yo le espiaré á usted desde mi jaula, y si profiere una expresion inconveniente, lanzaré un gruñido de prevencion; pero al segundo le dejo á usted seco de un balazo. (Sacando el rewolver.)

VITO. No... sí... Me voy... ¡Álguien viene! Pronto.

AMABLE. ¡Lo dicho! (Pónese la caperuza, se guarda el rewolver y váse hácia la jaula, donde se encierra, dando brincos para imitar el modo de andar de un oso y lanzando gruñidos.

VITO. (Acompañándole.) ¡Que llegan! (Ap.) (Ahora á decirla á la convaleciente que el oso es su padre. Mejor sería decirla que su padre es un oso. ¡Yo no he visto hombre más bruto!) (Váse por el pabellon derecha.)

ESCENA IV.

AMABLE en la jaula, RICARDO y D. PEDRO.

RICARDO. Es en vano que se oponga usted, don Pedro.

PEDRO. Pero recapacite usted que nos exponemos á sérias contingencias.

RICARDO. Al verme se desmayó. Creyó sin duda que toda aquella ridícula farsa era verdad y... Es preciso que yo la vea, que yo la desengañe.

PEDRO. Y que la mate usted con una imprevista sorpresa.

RICARDO. ¿Cree usted?...

PEDRO. Estoy firmemente convencido.

RICARDO. ¿Y qué hacer?

PEDRO. ¿No tiene usted confianza en mí?

RICARDO. Absoluta. Es usted la sola persona que me la merece aquí.

PEDRO. Pues déjese usted guiar por el director, y siga mis instrucciones *pedem literæ*, que quiere decir al pie de la letra.

RICARDO. Sí señor, yo sé latin.

PEDRO. Usted me espera por ahí recorriendo el parque. Si alguno de los dementes se presenta, usted sígale su manía á todo evento, porque lo contrario podría sernos fatal á todos. Entre tanto, yo busco á Marcela, la anuncio la llegada de usted con la habilidad propia de mi cargo; la entero de que todo fué una farsa, debida á la imprescindible necesidad de someterse á las prescripciones del establecimiento, y concluyo por procurarles á ustedes una entrevista que sirva de compensacion á sus pasadas tribulaciones.

RICARDO. Me devuelve usted la tranqüilidad.

PEDRO. Le he dicho á usted que soy su amigo y basta. Ustedes se adoran y yo los casaré.

RICARDO. ¿Es posible?

PEDRO. En cuanto cierre la noche espéreme usted en este mismo sitio. Calma, discrecion y confianza en mí. (Váse por la alameda.)

RICARDO. ¡Qué sujeto tan excelente! Él me ha devuelto la esperanza que empezaba á abandonarme. Sí, estoy tranquilo. Seguiré en un todo sus instrucciones.

ESCENA V.

AMABLE, en la jaula, RICARDO y VITO.

VITO. (Bajando del pabellon y ap.) (Ya se lo he dicho. Allí queda esperando en su cuarto para tener una entrevista con el oso.) (Viendo á Ricardo.) ¡Cielos! ¡Ricardo! ¡Mi hijo!

RICARDO. (Ap.) (¡El loco! Lo mejor será escurrirme.)

VITO. ¡Pst! ¡Pst! (Llamándole.)

RICARDO. (Ap.) (Me atrapó. ¡Paciencia!)

VITO. (Ap.) (¡Cómo me late el corazon!) (Le enseña el medallon á cierta distancia y con cómica gesticulacion.)

RICARDO. (Ap.) (¡Me enseña un relicario!)

VITO. (Ap.) (¡Creo que se ha conmovido!) (Le abre los brazos cariñosamente.)

RICARDO. (Ap.) (¿Ahora se pone en cruz? Sigámosle la manía. (Se pone en cruz á su vez.)

VITO. ¡Ah! (Abrazándole.) ¿Me perdonas? Porque ¿tú permitirás que yo te tutee?

RICARDO. Sí señor, lo que usted quiera.

VITO. ¡Me perdona!

RICARDO. Sí tal; pero de qué?

VITO. (Ap.) (Es verdad, él ignora aún!... (Vuelve á enseñarle el relicario.)

RICARDO. ¡Qué veo! ¡El medallon de Marcela?

VITO. Es decir, el... que tú la diste.

RICARDO. Eso es.

VITO. Lo confiesa, lo confiesa! (En el colmo de la alegría.)

RICARDO. Pero no entiendo... (Ap.) (Siquiera que me diga de qué se trata para saber yo lo que tengo que hacer.)

VITO. Ahora te explicaré... Dime... ¿Y tu madre?

RICARDO. Tan buena, gracias.

VITO. ¡Vive!

RICARDO. Sí señor, vive.

VITO. ¡Oh dicha! Y... ¿tú naciste en Cuba?

RICARDO. No señor, yo nací en cueros.

VITO. Sí, ya lo supongo, pero...

RICARDO. Pues la verdad, yo no sé dónde nací.

VITO. Es natural, te lo habrán ocultado, y como tú eras entónces tan chiquitito, no podrás acordarte.

RICARDO. (Ap.) (Los locos, á no ser por la compasion que inspiran, hacen reir sin ganas.)

VITO. Lo digo porque en Cuba fué donde yo conocí á tu madre.

RICARDO. ¿Eh?

VITO. Donde yo la abandoné despues de haberla perdido.

RICARDO. (Ap.) (Zambomba. Gracias á que está guillado, que de otro modo...)

VITO. Perdon para ella, perdon para mí y... abraza á tu padre, Ricardo.

RICARDO. (Ap.) (Y no hay que contrariarle.)
VITO. ¿Aún me guardas rencor?
RICARDO. ¿Yo?... ¿Al autor de mis dias? Jamás.
VITO. ¡Hijo de mi alma!
RICARDO. ¡Padre de mi corazon! (Se abrazan. Pausa, despues de l cual, Amable lanza un gruñido.)
VITO. (Separándose aterrado.) ¡Cielos! ¡El oso! Soy perdido!
RICARDO. (Ap.) (¿Qué nuevo acceso le da?
VITO. Vete...
RICARDO. Pero...
VITO. Vete, no puedo explicarte este fatal misterio.
RICARDO. (Ap.) (Le entró de veras.)
VITO. Si gruñe otra vez requiescat tu padre.
RICARDO. Pero ese medallon...
VITO. Sí, me lo dió Marcela; sé que os amais y os casaré.
RICARDO. (Lleno de gozo.) ¿Es posible?
VITO. Sí; yo hablaré con el oso... (Amable lanza un gruñido más fuerte.)
RICARDO. (Ap.((Prefiero esta locura.) (Váse corriendo.)
VITO. (Echándose al suelo.) ¡El segundo! ¡Muerto soy!

ESCENA VI.

VITO y AMABLE.

AMABLE. (Bajando de la jaula y acercándose á Vito.) Levante usted de ahí, miserable.
VITO. No tire usted, por Dios. (Levantándose.)
AMABLE. (Amenazante.) ¿Con qué derecho se apropia usted la paternidad de todas las criaturas humanas?
VITO. Pero hombre, si yo no me apropio nada.
AMABLE. Usted le ha dicho á Ricardo San Juan que es usted su padre...
VITO. ¿Y qué?
AMABLE. Que miente usted.
VITO. (Ap.) (¡Qué bien educado!) (Alto.) ¿Que miento?
AMABLE. Como un bellaco. Su padre soy yo.

VITO. ¿Usted?

AMABLE. Yo.

VITO. Vamos! Usted chochea.

AMABLE. Yo no chocheo, yo no he chorheado nunca, yo no chochearé jamás.

VITO. Pero ¿cree usted que yo no puedo ser padre?

AMABLE. De mis hijos nadie es padre sino yo.

VITO. Pues deben darle á usted privilegio de invencion. ¿No se ha fijado usted en que él no ha titubeado en reconocerme?

AMABLE. Porque ha padecido un error, porque él no está enterado de nada.

VITO. No señor; porque al ver este objeto (Sacando el medallon.) que yo regalé á su madre...

AMABLE. Que yo regalé á la suya.

VITO. ¡Á que vamos á tener que partir como en el juicio de Salomon!

AMABLE. Yo sí que le partiré á usted de un puñetazo si no se calla y me escucha.

VITO. Hable usted.

AMABLE. Cuando me casé en segundas nupcias y tuve que separarme de mi mujer, á quien ya no he vuelto á reunirme, la entregué este medallon diciéndole:—«Por si el destino nos separa por siempre y el cielo nos da fruto de bendicion, haz que esta prenda no se separe nunca de nuestro hijo.»

VITO. Lo mismo le dije yo á la mia.

AMABLE. ¿Á su mujer de usted?

VITO. No señor, yo soy soltero. Á la madre de mi hijo, á quien abandoné al mes de conocerla.

AMABLE. Pues bien, prosigo. Hace unos seis meses, en Cádiz sorprendí en el cuello de mi hija ese medallon; la fuerzo á explicarse y me confiesa que es un regalo que un novio suyo la ha hecho al partir para Cuba, suplicándola que lo conserve hasta su regreso, porque encierra toda la historia de un ser muy desgraciado.

VITO. ¡Pues! La de mi htjo.

AMABLE. ¡Dale! La del mío.

VITO. ¡Bien! La del nuestro.

AMABLE. Como usted puede figurarse, no revelé á mi hija lo incestuoso de su amor, pero me opuse terminantemente á que se casaran los dos hermanos. Y á pesar de la dulzura con que emití mi negativa, la pobre Marcela...

VITO. (*Ap.*) (Se volvió loca!) (*Alto.*) Pero todo eso no prueba que Ricardo sea hijo de usted.

AMABLE. ¿Cómo que no? Llevar un nombre tan abstracto como el de San Juan, poseer ese medallon y decirle á la novia que en él se encierra la historia de su vida! ¿Pues qué más quiere usted?

VITO. Si usted me permite que discurramos con calma acaso nos entenderemos. ¿Cuántos años hace que usted se recasó?

AMABLE. Próximamente todo el tiempo que tiene mi hija. Veinte.

VITO. Pues ahí verá usted; Ricardo tiene veinte y nueve; justo, la época en que yo...

AMABLE. (*Encolerizado.*) Á mí no me ha de decir usted la edad que tienen mis hijos.

VITO. Marcela lo asegura.

AMABLE. Marcela ha estado loca.

VITO. Pero ya está sana.

AMABLE. Pues él se añade diez.

VITO. Á los diez y nueve no se es capitan.

AMABLE. Yo lo fuí á los diez y ocho.

VITO. Pero era de otro color.

AMABLE. Habrá hecho la carrera por intriga.

VITO. Pero...

AMABLE. (*Amenazándole con el rewolver.*) ¿Es mi hijo?

VITO. (*Espantado.*) Hasta las cachas.

AMABLE. (*Guardando el rewolver.*) Pues bien. La mejor manera de que Marcela y Ricardo no vuelvan á caer en la tentacion, es el casar al primero con otra mujer. Por consiguiente, quiero que la boda que hay concertada con su prima de usted, quede concluida hoy mismo.

VITO. Sin embargo...

AMABLE. Lo quiero.

VITO. Se hará.

AMABLE. La novia es un adefesio; pero no importa puesto que al parecer es á gusto de Ricardo.

VITO. ¡Pobre hijo mio!

AMABLE. ¿Aún insiste usted? ¿Pero por dónde presume usted ser su padre?

VITO. Por... Hombre, yo me enamoré de una mujer en la Habana. Al poco tiempo la enfermedad de mi madre me obligó á regresar á la Península, y al darla mi adios postrero me aseguró que experimentaba ya los dulces síntomas de la maternidad. Quiso embarcarse conmigo, temiendo el enojo de un hermano suyo muy bárbaro, á lo que ella me dijo, pues yo no le conocía; pero la disuadí de hacerlo prometiéndola volver en breve, y en efecto, no volví. Pero al ausentarme la entregué este medallon y... ¡Pobre Tomasa!

AMABLE. (Poniéndose sobre sí y reprimiéndose.) ¿Tomasa?

VITO. Sí, Tomasa Vallecas, vivía allí, junto al teatro Tacon.

AMABLE. (Estallando y zarandeando á Vito.) ¡Ah! ¡Miserable! ¿Con que eras tú?

VITO. (Ap.) (¡Ay! ¿qué nuevo lio será este?)

AMABLE. ¿Tú el seductor de mi hermana?

VITO. (Ap.) (¡Santa Bárbara bendita!)

AMABLE. Tú, por quien yo la arrojé de mi hogar labrando tal vez su perdicion y su ruina!

VITO. ¡Eh! Poco á poco, usted se equivoca. Ella no tenía más hermano que su hermano Pepito.

AMABLE. Sí, Pepito Vallecas; ese soy yo.

VITO. ¿Pues no es usted don Amable García?

AMABLE. Ese es mi nombre de guerra. Yo no soy Amable.

VITO. (Ap.) (Ya lo veo.) (Alto.) Pero calma, calma... Si no es esa... aquella Tomasa era bizca...

AMABLE. En vano tratas de confundirme. Ese es el medallon que yo mismo le arranqué de las manos.

VITO. Dale, hombre, que no es esa. Tomasa tenía un hermano muy bárbaro, y usted es un modelo de afabilidad

y de...

AMABLE. Basta. Condúceme ahora á la presencia de mi hija, y en cuanto deje arreglados mis asuntos, te levantaré la tapa de los sesos.

VITO. (Ap.) (Bien. Dominó.) (Alto.) Pero don Amable...

AMABLE. Silencio... ¿Por dónde? Guíame.

VITO. Por aquí; pero si yo no...

AMABLE. Adelante!... (Empujándole.)

MARC. Mire usted, Pepito, que yo le prometo...

AMABLE. He dicho que te calles... (Dándole un empellon. Ambos se van por el pabellon derecha.)

ESCENA VII.

LIBORIO y el DOMADOR. Aquel con el fusil preparado y éste armado de un garrote y con un manojo de cuerda en la mano. Entran ambos con gran precaucion. La luna ilumina la escena.

DOM. No cabe duda que debe esconderse por aquí, porque yo le ví saltar la tapia.

LIBORIO. Pero diga usted. ¿Es cosa de que nos dé algun mordisco?

DOM. ¡Quiá! Si es un oso domesticado que hace el ejercicio y todo. (Registran ambos la escena.)

LIBORIO. Lo digo para llamar más gente si fuera necesario.

DOM. De ningun modo. Conque no he querido decir nada á nadie. Bonito escándalo se armaría en el establecimiento.

LIBORIO. Tambien se necesita poco cuidado para dejar así abierta la jaula de una fiera semejante.

DOM. Mi criado es un zopenco...

LIBORIO. Por aquí no hay nada.

DOM. Recorreremos las alamedas.

LIBORIO. Le advierto á usted que si me acomete yo le pincho.

DOM. No hay miedo. Es muy manso.

LIBORIO. Adelante. (Vánse los dos explorando.)

ESCENA VIII.

TADEA, á poco VITO.

TADEA. (Buscando.) ¿Por aquí tampoco? Jamás he visto conducta parecida á la de mi prometido. Desapareció de repente de mi lado, y por más que le busco...

VITO. (Saliendo del pabellon todo azorado.) Allí los dejo. Yo voy á poner piés en polvorosa.

TADEA. ¡Ah! Vito. ¿Dónde está?

VITO. Allá dentro.

TADEA. ¿Con quién?

VITO. Con su hija.

TADEA. ¡Cómo! ¿tiene una hija?

VITO. Sí.

TADEA. ¿Ricardo?

VITO. No, Marcela. Ricardo es su hijo.

TADEA. ¿De Marcela?

VITO. Del demonio.

TADEA. ¿Pero de quién hablas?

VITO. ¿De quién hablas tú?

TADEA. ¿Yo? De Ricardo.

VITO. Yo del oso.

TADEA. ¿Del oso?

VITO. Sí; es un hombre.

TADEA. ¿Cómo un hombre?

VITO. Disfrazado.

TADEA. ¡Jesús!

VITO. ¡Y tiene una hija!

TADEA. ¡Marcela!

VITO. Sí; y una hermana...

TADEA. ¿Tambien?

VITO. Que yo seduje.

TADEA. ¿Tú? ¡Qué horror!

VITO. !Y él lo sabe!

TADEA. ¿El oso?

VITO. Y me quiere matar.

TADEA. ¡Bárbaro!
VITO. Y yo no quiero.
TADEA. Pero qué hacer?
VITO. Huir.
TADEA. ¿Cómo?
VITO. Corriendo.
TADEA. Explícame...
VITO. Ya lo sabrás.
TADEA. Pero dime...
VITO. Ven conmigo (Llevándola al pabellon izquierda.)
TADEA. ¿Qué quieres?
VITO. Dos camisas.
TADEA. ¡Vito!
VITO. Y unos calcetines.
TADEA. ¿Para qué?
VITO. Para mudarme.
TADEA. ¿Has perdido el seso?
VITO. Temo perder los dos.
TADEA. ¿Y no me casaré?
VITO. Te casarás.
TADEA. ¿Con Ricardo?
VITO. Sí.
TADEA. Pues espera.
VITO. No. (Arrastrándola consigo.)
TADEA. Estás febril.
VITO. ¡Ah!
TADEA. Álguien llega.
VITO. ¡Schis! (Imponiéndola silencio.)
TADEA. ¿Temes algo?
VITO. ¡Pum! (Indicándole con el gesto que teme el que le peguen un tiro. Vánse ambos por el pabellon izquierda, y apenas han desaparecido se ve salir á un oso, que se supone ser el del Domador, el cual, despues de dar algunos pasos por la escena y de lanzar unos cuantos gruñidos, se esconde detrás del carromato garantizándose con su parte maciza.)

ESCENA IX.

AMABLE, por el pabellon, á poco LIBORIO y el DOMADOR, explorando.

AMABLE. Ya lo sabe todo; ya la he dicho que son hermanos, y la noticia en vez de afligirla la ha llenado de júbilo. Bien; ahora sólo me resta vengarme de ese infame seductor. ¡Oh! Me vengaré. Entre tanto conservemos el incógnito y volvamos á nuestra jaula. (Pónese la caperuza y se encamina al carromato, pero al mismo tiempo salen Liborio y el Domador y se detiene, lanzando algun gruñido cuando la situacion lo exija hasta el final de la escena.)

LIBORIO. ¿Dónde diablos se habrá metido?

AMABLE. (Ap.) (¡Un guardia civil! Disimulemos.

DOM. ¡Ah! Allí está. (Viendo á Amable.)

LIBORIO. Pues á él.

(Mientras dura el diálogo, Liberio y el Domador intentan atrapar á Amable, que despues de evitarlo en lo posible, concluye por ceder, dejándose amarrar. Imprímase un carácter muy cómico á este juego.)

DOM. ¡Ah! ¡Señor oso Martin! ¿Conque usted aprovecha la coyuntura de que mi criado deje abierta la jaula por descuido para venir á tomar noticias de lo que es un manicomio?

AMABLE. ¡Diablo! Me confunden con un oso verdadero que sin duda se le ha evadido al Domador?

DOM. Sí, brinca, brinca; menudo palo te vas á llevar.

LIBORIO. (Á Amable.) Como te acerques á mí te atravieso. Por eso calé bayoneta.

AMABLE. (Ap.) (Si me descubro, el gendarme puede tener mi filiacion, y corro el riesgo de que me pasen por las armas. Mas vale esperar á que me halle sólo con el Domador. Prudencia y dejemos hacer.

LIBORIO. Ahora.

DOM. ¡Ah! Ya está. En marcha, bribon.) (Sacudiéndole un palo.)

LIBORIO. Sí, gruñe, gruñe.

AMABLE. (Ap.) (Ya te devolveré yo el palo.)

DOM. Por aquí; saldremos por la puerta falsa.

LIBORIO Bueno. (Vánse todos.)

ESCENA X.

RICARDO y á poco D. PEDRO.

RICARDO. Ya es de noche. Apenas puedo dominar mi impaciencia. Á esta hora me dijo el director que le esperase aquí. Cuánto tarda. (Viéndole.) ¡Ah! Por fin... ¿Qué hay? ¿qué ha dicho? ¿la ha visto usted?

PEDRO. Calma, calma. Acabo de verla y está loca...

RICARDO. ¡Cielos!

PEDRO. De alegría.

RICARDO. ¡Ah!

PEDRO. Se ha echado en mis brazos llena de júbilo, y me ha dicho: «Lo sé todo, y estoy tan contenta! Diga usted á Ricardo que me espere en la esplanada, aquí, á a hora del retiro.» (Suena una campana.)

RICARDO. ¿Y eso será pronto?

PEDRO. Ya oye usted la campana. Ahora mismo todos los asilados se unirán aquí para pasar lista y retirarse á descansar.

RICARDO. ¡Oh! Supremo instante. ¡Voy á verla!

ESCENA XI.

DICHOS, el CELADOR y JUAN, disfrazado de notario con gafas azules, traje negro y un protocolo.

CEL. (Á Juan.) Espéreme usted aquí mientras prevengo al director. (Sube al pabellon izquierdo.)

RICARDO. ¡Eh! ¿Quién es esté importuno? (Á D. Pedro.)

JUAN. (Fingiendo la voz.) ¡Señores! Saludo á ustedes. Yo soy el encargado de la fe pública, el notario ante quien debe firmarse el contrato de esponsales.

PEDRO. (Á Ricardo, sonriente.) Él mismo le contesta á usted.

RICARDO. Pero es tambien un?... (Á Pedro, que afirma.)

JUAN. Si necesitan ustedes de mi servicio para otorgar un testamento ó...

RICARDO. (Á Pedro.) Su manía es original. Pero en estos momentos, como usted comprenderá, no estoy para llevar adelante una broma tan excéntrica.

ESCENA XII.

DICHOS, TADEA y VITO y el CELADOR por el pabellon, los locos por las alamedas; á poco LIBORIO.

TADEA. (Con impaciencia y alegría.) Que ya está aquí el notario? Á ver, que dispongan el salon para tomarnos los dichos. (Á Ricardo.) ¡Ah! Dichosos los ojos...

RICARDO. (Á D. Pedro.) Pero hombre, esta nube, ahora precisamente que va á venir Marcela.

PEDRO. Ya nos quedaremos solos, descuide usted. (Á Ricardo.)

VITO. (Ap.) (No está en la jaula, me acecha.)

JUAN. Si á ustedes les es lo mismo podemos verificar el acto aquí. En primer lugar el sitio es más fresco; luégo traigo tintero conmigo, y la luz de la luna me parece más poética para el caso que la de las bujías ó el petróleo.

TADEA. Tiene razon. (Todos asienten.)

RICARDO. (Á Pedro.) Pero diga usted. ¿Es que esta farsa la vamo á llevar hasta el extremo de... Ordene usted que lo dejen para mañana, y tal vez se olviden...

PEDRO. (Á Ricardo.) ¡Cómo! ¿Hacer que pasen una noche luchando con una contrariedad? ¡Qué horror! Mañana estarían furiosos...

RICARDO. Pero si...

JUAN. Creo que ustedes me dispensarán la lectura. La fórmula ordinaria.

TODOS. Sí, sí...

JUAN. Ya están inscritos los nombres de los contrayentes y sólo falta consignar los de los testigos para poder proceder á la firma.

TADEA. (Á Vito.) Á ver... ¡Testigos! ¿Estás en babia?

VITO. (Á Juan.) ¿Cuántos se requieren?

JUAN. Tres.

VITO. Pues ponga usted al Celador, á Liborio y á mí.

LIBORIO. (Ap.) (Mal gusto tiene el capitan.) (Deja el fusil y el tricornio al lado de la jaula y se dirige con el Celador á la mesa á que está sentado Juan, para inscribir su nombre.)

TADEA. (Á Ricardo.) ¿Eres feliz?

RICARDO. (Á ella.) ¡Mucho! (Ap.) (La verdad es que maldita la gracia que me hace esto aun siendo de broma. Si saliéramos despues con que no eran locos!... Nada, yo me planto. Si encontrase un recurso... ¡Ah! Ya le tengo!)

JUAN. La novia puede firmar cuando guste.

TADEA. Allá voy. ¡Qué emocion! (Á Vito.) (Dile tú algo á Ricardo, hombre.) (Váse á firmar.)

VITO. (Ap.) (El oso me espía, no me cabe duda. Temo encontrarme con un tiro cuando ménos lo espere.) (Alto á Ricardo.) Ya lo ve usted...

RICARDO. (Á Vito.) (Pero esta boda es imposible!

VITO. ¿Cómo?

RICARDO. (Á Vito.) Al ménos por el pronto. Ya ve usted, para casarme con mi tia se hace necesaria una dispensa.

VITO. ¡Qué oigo!

RICARDO. Reflexione usted, padre mio!...) (El oso da un gruñido. Vito se estremece.)

VITO. (Ap.) (Ya lo oyó.) (Alto á Ricardo.) ¡Quite usted allá, yo no soy su padre de usted, yo no tengo hijos; (Gritande mucho.) y usted se casará con mi prima porque yo lo quiero, yo lo mando. (Ap.) (Que vea que no queda por mí.)

TADEA. ¿Eh? ¿qué es lo que escucho? ¿Se retractaría usted despues de?... ¡Oh! Sería capaz de sacarle á usted los ojos.

PEDRO. (Á Ricardo.) (Ve usted, ya los ha exasperado sin sustancia. Tiene usted más que fingir y acabar de una vez...)

RICARDO. (Ap.) (¡Diantre! ¡La verdad es que están furiosos!)

JUAN. Cuando el novio guste...

RICARDO. (Ap.) (Yo no firmo.)

TADEA. ¿Titubea?... ¡Monstruo! (Gruñe el oso.)

VITO. (Ap.) (¡Ay! ¡El otro se impacienta!) (Á Ricardo, gritando.) Vamos, vamos... á quitar eso de en medio.

ESCENA XIII.

DICHOS y MARCELA.

MARC. (Echándose en brazos de Ricardo.) ¡Ricardo!

RICARDO. ¡Marcela mía!

TADEA. (Á Vito.) (¿La llama mia á esa mujer?

VITO. (Á Tadea.) Si, es su hermana.

TADEA. ¿De veras? ¡Qué gusto!)

VITO. (Ap.) (¿Ahora va á ser ella! En cuanto el otro los vea juntos me abre el túnel que me ofreció.) (Á Ricardo.) ¡Hombre! Firme usted ó le pego un tiro.

MARC. ¡Eh!

RICARDO. (Á Marcela.) No te asustes... Es una tontería, un contrato de esponsales...

MARC. (Sonriendo.) Sí, lo sé todo.

TADEA. Qué iniquidad!

RICARDO. Tú sabes?... (Tomándose mucho interés por sus administrados.) Y aún duda, señora, y aún duda y los deja ponerse en ese estado sabiendo que es un caso de conciencia.

MARC. (Á Ricardo.) Firma, Ricardo, firma; es un caso de conciencia.

RICARDO. Pero...

MARC. (Sonriente.) Te repito que lo sé todo, y soy tan feliz!... Anda, firma y vuelve al momento, tenemos que hablar mucho.

PEDRO. Acabe usted, y que los dejen solos.

RICARDO. ¡Voy! (Ap.) (¡Qué hermosa está!) (Va á firmar. Todos se agrupan con interés junto á la mesa, de modo que despues queden delante del proscenio las figuras de Marcela y Ricardo en su lado y en el otro las de Tadea y Vito.)

TADEA. Por fin se resuelve.

VITO. ¡Qué despacio escribe este hombre!

JUAN. Todo queda terminado. Señores!... (Saluda y váse despues de recoger el protocolo y el tintero y hacer que firmen

los testigos.)

TADEA. (Ap.) (Ya es mio.)

VITO. (Gritando.) Firmó, ya firmó.

ESCENA XIV.

DICHOS, menos JUAN.

VITO. (Á Tadea.) (Ahora, yo callandito tomo las de Villadiego.

TADEA. Pero...

VITO. Nada, hasta que ese oso no se haya marchado, yo no vuelvo al manicomio.)

RICARDO. (Á Marcela.) (Me parece mentira que te veo junto á mí. Oh! Esta vez nadie nos separará y en breve tendré el orgullo de llamarte esposa mia.

MARC. (Horrorizada.) ¿Qué dices? Imposible.

VITO. (Á Tadea) (¡Ah! En la primera ocasion le harás llegar al oso, al hermano de mi víctima, este pliego que he recibido hoy para él. (Dándole el del acto primero.)

RICARDO. (Á Marcela.) (¿Imposible, por qué?

MARC. ¡Pues cómo! ¿Ignoras que tú eres mi hermano?

RICARDO. (Ap.) (¡Dios mio! ¿Estará loca?)

TADEA. (Leyendo el sobre del pliego.) Para don Amable García.

VITO. (Á Tadea.) Ese es un nombre supuesto. Esa especie de ogro se llama Pepito Vallecas.

TADEA. (Como herida por un rayo.) ¡Jesús!

RICARDO. (Á Marcela.) ¡Te han mentido! Es una infame impostura.

MARC. Mi mismo padre me lo ha asegurado.

RICARDO. Miente.)

TADEA. ¿Pepito Vallecas?

VITO. Sí.

RICARDO. (Y lo probaré casándome contigo.

MARC. ¿Pero y ese contrato?)

TADEA. ¿Capitan negrero?

VITO. El mismo!

RICARDO. (Es una farsa por seguir la manía de esos locos.

MARC. ¿De qué locos?) (Ricardo señala á Tadea y Vito.)

TADEA. ¿Que murió en un abordaje en las costas de Guinea?

VITO. Justo; es decir, que no murió.

MARC. (¡Ay! Ricardo, si están más cuerdos que tú.

RICARDO. ¿Qué? (Espantado.)

MARC. Si son el director y su prima.)

TADEA. (¿Y vive?)

VITO. Y está aquí. Es el oso.

RICARDO. (¿Pues no es don Pedro el director?

MARC. No, ese es un loco.)

TADEA. (Tadea cayendo en una silla.) ¡Dios mio! ¡Soy bígama!

MARC. (Cayendo en otra.) ¡Cielos! ¡No es mi hermano!

RICARDO. (Cayendo en otra.) ¡Horror! ¡Me he casado de veras!

VITO. (Id.) ¡Maldicion! En cuanto sepa que es su mujer me mata dos veces. (En este momento el oso sale de detrás del carromato, pónese el tricornio de Liborio en la cabeza, y tomando el fusil apunta con él á Vito dando gruñidos desaforados.)

LIBORIO. (Viéndolo.) ¡Eh! Alto allá, que está cargado.

TODOS. ¿Qué? ¡Ay! (Carreras y confusion.)

VITO. (Cayendo de rodillas.) Llegó mi hora postrera.

LIBORIO. (Sacando un rewolver y apuntando al oso.) Separarse, que le voy á pegar un tiro.

TADEA. Deténgase usted. (Es mi esposo!)

MARC. No, (que es mi madre.) (Marcela y Tadea se desploman presas de una convulsion nerviosa.)

RICARDO. ¡Marcela! (Socorriéndola.) ¡Ha perdido la razon!

VITO. Piedad, señor don Amable García.

LIBORIO. ¿Qué oigo? ¡El proscrito!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y JUAN, en su traje de paleto.

JUAN. (Acercándose al oso, á quien toma por su amo, y quitándole el tricornio y el fusil.) Qué ha hecho usted, desgraciado? Se ha vendido. Entre usted y finja. (Le conduce por su mano á la jaula, que cierra.)

VITO. (Ap.) (Yo me escapo.)

LIBORIO. ¡Atrás! (Amenazándole con el rewolver.) Hasta formar la

sumaria nadie sale de aquí.

TODOS. Pero...

LIBORIO. (Apuntando.) Al que se mueva le descerrajo un tiro. (Todos retroceden.)

VITO. (Despues de contemplar las convulsiones de su hermana y de Marcela, y tomando una silla, en la que se sienta en medio del escenario.) ¡Pues señor!... Bien. ¡Tableau!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion. Amanece.

ESCENA PRIMERA.

LIBORIO de centinela junto á la jaula, donde continúa encerrado el oso. MARCELA y RICARDO en el proscenio.

RICARDO. Aquí anda suelta la mano del demonio. Yo no me explico tal cúmulo de circunstancias.

MARC. ¿Y crees que á mí me sea fácil darte la solucion?

RICARDO. ¿No me dijiste que lo sabías todo?

MARC. Todo lo que mi padre me había dicho. Que nuestra boda no podía tener efecto porque éramos hermanos.

RICARDO. ¿Quién ha urdido semejante embrollo? Si le cojo entre mis uñas...

MARC. Al pronto la noticia me produjo la más dolorosa impresion; pero apenas tuve conocimiento de que se trataba de tu felicidad...

RICARDO. ¿De mi felicidad?

MARC. Sí, de darte un nombre, de legitimarte.

RICARDO. ¡Vamos! Esto clama venganza.

MARC. Toda mi tristeza se disipó y sólo tuve presente tu ventura.

RICARDO. Pero, desdichada, ¿no viste que me iba á casar?

MARC. Sí tal; pero como don Pedro decía que se trataba de un caso de conciencia...

RICARDO. ¡Qué conciencia ha de tener un hombre con aquello? Se refería á la contrariedad que causaba mi negativa á los que yo tomé por locos.

MARC. Ademas, mi padre me indicó que lo hacías á gusto tuyo.

RICARDO. ¡Vamos! Esto es una torre de Babel. ¿Y tú has visto aquí á tu padre?

MARC. Sí.

RICARDO. ¿Dónde está?

MARC. No puedo decírtelo.

RICARDO. ¡Cómo!

MARC. Es un secreto que no me pertenece.

RICARDO. Buenas eran mis intenciones de no llevar más adelante la broma del matrimonio. Pero ese don Pedro tiene una manera de persuadir... Parece tan cuerdo...

MARC. Lo cierto es que cuando habia yo cedido muy gustosa á trocar el amante por el hermano, ahora salimos con que...

RICARDO. Sí, con que el hermano es tu novio, y á tu novio te lo usurpa una contemporánea de Matusalem.

MARC. ¡Soy la más infeliz de las mujeres!

RICARDO. Por Dios, Marcela, no te aflijas. Ya anularemos ese contrato y...

MARC. ¿Crees tú que Tadea accederá espontáneamente?

RICARDO. Verdad es que con su afan de pescar marido...

MARC. Hará valer la fuerza legal del contrato...

RICARDO. Pues bien, diré que estaba loco al firmarle. Yo no sé, pero es preciso que esto concluya.

MARC. Y te perderé...

RICARDO. No.

MARC. Y serás de otra.

RICARDO. Jamás.

MARC. Y me moriré de pesadumbre!

RICARDO. ¡Oh! ¡Rayos y truenos! ¿Tú llorando?

MARC. Ricardo mio!

RICARDO. Voy á poner fuego á la casa; voy á matar al miserable que tenga la culpa de esto.

MARC. Detente.

RICARDO. Suelta.

MARC. Oye...

RICARDO. Tu padre, dónde está? yo necesito que él me explipliquc... Yo quiero verle.

MARC. Por Dios...

RICARDO. Le encontraré. ¡Oh, sí, le encontraré... Y si como presumo es él quien ha imaginado esta hedionda farsa por alejarme de tí, yo le obligaré á darme cuenta de su conducta con las armas en la mano. (Yéndose.)

MARC. ¡Un duelo! ¡Con mi padre! Detente, oye...

RICARDO. No oigo nada. (Váse.)

MARC. ¡Oh! Es preferible enterarle de todo. Ricardo, ven, yo te diré dónde está mi padre. (Váse tras Ricardo.)

ESCENA II.

LIBORIO y VITO.

LIBORIO. Mala yerba ha pisado el capitan. La verdad es que aquí suceden cosas muy graves, pero por fortuna se ha dado con un hombre experto, y lo que es á mí no se me hace comulgar con ruedas de molino. (Viendo llegar á Vito.) ¡Ah! El director. ¡Qué cara trae tan compungida! Se conoce que ha dormido poco.

VITO. (Ap.) (Ahí está con su cancerbero, que no le quita ojo. ¡Qué noche, Dios mio, qué noche tan llena de sobresaltos y de angustias!)

LIBORIO. Pronto se ha levantado usted, señor director.

VITO. No, si no me he acostado.

LIBORIO. Lo mismo creo que le ha pasado á todo el mundo.

VITO. ¿Usted tampoco se ha movido de aquí?

LIBORIO. Ni un minuto. Desde que usted pronunció el nombre de Amable García y vine en conocimiento de que este oso era el proscrito cuya filiacion se me ha pasado, no he querido perderle de vista. Él se obstina en callar,

pero yo haré que se descubra...

VITO. ¿Por qué medio?

LIBORIO. Sitiándole por hambre. Y á no ser porque nos han recomendado el entregarle vivo...

VITO. ¿Qué?

LIBORIO. Le hubiera hecho tener un diálogo con la boca de mi fusil.

VITO. Más vale que se muera de inanicion. Así tendrá el carácter de un suicidio. Y dígame usted... ¿Yo podría marcharme ya?

LIBORIO. Imposible; aún han de pasar todos ustedes por otro interrogatorio ántes de llevarme el preso á la ciudad.

VITO. ¡Ah! ¿Se lo lleva usted?

LIBORIO. Hoy mismo.

VITO. (AP.) (Respiro.) ¿Por supuesto que á mí no me harán nada?

LIBORIO. Si resulta usted encubridor del insurrecto...

VITO. ¿Qué?

LIBORIO. Con cuatro tiros sale usted del paso.

VITO. Hombre, no sea usted zopenco. ¿En qué código ha visto usted una barbaridad semejante?

LIBORIO. En estado de sitio no hay más código que la ley marcial.

VITO. (AP.) (Está visto de que por activa ó por pasiva, yo no puedo escapar de que me perforen el cráneo. ¿Si diciendo que mi prima está casada con don Amable se contentaran con fusilarla á ella?... Pero qué!... Se conoce que es á mí á quien va dirigido el tiro... Es decir, los tiros, porque parece que van á ser cuatro.) (ALTO.) Y diga usted.

LIBORIO. No me pregunte usted más, porque estoy faltando á mi consigna.

VITO. (AP.) (La verdad es que yo me apuro inútilmente, porque con decir lo que ha pasado, basta para justificar mi inocencia. Sí, pero si no les da la gana de creerlo... ¡Ah! ¡Tadea! (VIÉNDOLA.) Con la mala noche que ha pasado parece una pandereta mojada.)

ESCENA III.

DICHOS y TADEA.

TADEA. ¡Primo mio!
VITO. Sí, y tan primo!
TADEA. ¡Qué desgraciados somos!
VITO. Á tí al ménos no van á fusilarte más que á tu marido.
TADEA. ¡Cómo! ¿Fusilar á Pepe?
VITO. No; le fusilarán como Amable García, que es su nombre de guerra.
TADEA. Imposible. ¿Por qué?
VITO. Por conspirador.
TADEA. ¡Jesús!
VITO. No te apures. En cuanto él sepa que tú eres su mujer se alegrará de que le quiten de enmedio.
TADEA. ¡Oh! Yo sabré impedirlo.
VITO. Pero á mí que sin comerlo ni beberlo me quieren pasar tambien por las armas...
TADEA. ¿Á tí? ¿Por qué?
VITO. Por gusto. Como somos parientes...
TADEA. Sin duda te chanceas.
VITO. Sí; yo soy muy bromista.
TADEA. ¿Conque la pobre Tomasa, la hermana de Pepe era...
VITO. Sí, era... Es decir, fué!...
TADEA. ¡Desgraciada!
VITO. ¿Acaso la conoces tú?
TADEA. No la he visto más que una sola vez en Madrid.
VITO. ¿Sí? ¿Y cómo la encontraste?
TADEA. En la puerta de su casa.
VITO. No digo eso, si estaba jóven ó...
TADEA. Á mí no me pareció mal.
VITO. ¡Ay! ¡Á mí tampoco!
TADEA. ¿Y con qué misterio lo has llevado?
VITO. Como que ya ni me acordaba. Si te digo que cuando jóven me he divertido mucho! Pero y usted, señora!...
TADEA. Por Dios, Vito, no me acrimines.

VITO. Ocultarme que era usted casada...

TADEA. Como lo hicimos en secreto...

VITO. Es que hay cosas que aunque se hagan en secreto no pueden permanecer ocultas.

TADEA. ¿Y á qué publicarlo, cuando mis padres lo ignoraban, y la noticia de la muerte de mi marido, que tuve por cierta, dejaba las cosas en su primitivo estado?

VITO. En apariencias.

TADEA. ¡Cómo!

VITO. Y la prueba es que hoy te encuentras casada por partida doble.

TADEA. ¡Qué horrible!

VITO. ¡Bígama!

TADEA. Si; pero ese contrato se anulará en seguida.

VITO. ¿Y para qué? ¿No te has de quedar dentro de poco viuda del negrero? Pues ya tienes eso adelantado con el capitan.

TADEA. Los momentos son harto solemnes para dar oido á tus tontunas.

VITO. ¡Buenas tontunas! Tú deja que fusilen al otro...

TADEA. Basta. ¿No ves que ese contrato pesa sobre mi conciencia como una losa?

VITO. ¡No importa!

TADEA. ¿Pretenderías que yo dejase en su error á Ricardo?

VITO. ¿Y qué más da?

TADEA. Apuras mi paciencia. ¿No comprendes que mi matrimonio con él es criminal?

VITO. ¡Criminal!

TADEA. Sí, que la moral rechaza.

VITO. ¿Por qué?

TADEA. ¡Esto es el colmo de la estupidez! Hombre, hay cosas que no se necesita preguntarlas para comprenderlas.

VITO. (Ap.) (¡Oh! ¡Qué rayo de luz! Ahora entiendo) (Alto.) ¡Pobre Tadea! Es cierto. La moral no permite...

TADEA. Espero, por consiguiente, que tú me harás el favor de prevenir á Ricardo.

VITO. ¿Y por qué no tú misma?

TADEA. Porque ciertas confesiones conmueven y ruborizan á la mujer...

VITO. Tienes razon. Yo te ayudaré. Silencio. Héle aquí.

ESCENA IV.

DICHOS y RICARDO.

RICARDO. Por fin doy con usted.

TADEA. (Ap.) (¡Qué lástima! Tan jóven y tan guapo!)

RICARDO. ¡Caballero! Yo he sido víctima de una superchería, de un inícuo complot que usted ha fraguado para destruir sin duda mis planes, y vengo decidido á pedirle á usted una satisfaccion.

VITO. ¿Que yo le dé á usted una satisfaccion? Pero hombre, si yo no tengo más que disgustos, cómo he de darle á usted...

RICARDO. Basta de farsas...

VITO. Pues señor, no lo entiendo. Si usted me hiciera la merced de explicarse.

RICARDO. Usted me ha obligado á contraer un consorcio con esta señora, que á pesar de sus méritos personales, no es la mujer á quien amo.

TADEA. (Ap.) (Le gustaba yo!)

VITO. ¿Que yo le he obligado? Pues no recuerda usted que me opuse á ello cuando usted me pidió espontáneamente su mano?

RICARDO. (Ap.) (Tiene razon!) (Alto.) No importa: directa ó indirectamente usted ha abusado de mí, sustentando un grave error, y es inevitable llevar la cuestion al terreno debido.

VITO. ¡Qué oigo!

TADEA. ¡Por Dios!

RICARDO. ¿Qué haría usted si yo le propusiese un duelo?

VITO. ¡Toma! No aceptaría.

TADEA. Pero!...

RICARDO. Es usted un cobarde.

VITO. Es cuestion de vocacion. Otros son valientes. Eso va

en gustos.

RICARDO. Pues elija usted. El duelo ó la anulacion del contrato.

VITO. Respiro. Si no es más que eso...

RICARDO. ¿Qué?

VITO. Que el contrato queda anulado por sí mismo.

RICARDO. ¡Cómo!

VITO. Que mi prima se encuentra con que es la mujer del oso á quien creía muerto hace muchos años.

TADEA. (Ap.) (¡Qué vergüenza! Delante de él!)

RICARDO. ¿Es posible?

VITO. Sí, señor; es la esposa de... ese don Amable García que nos hace estar á todos sobre un pie como las grullas.

RICARDO. ¡Don Amable García! El padre de Marcela, porque segun ella acaba de decirme, el oso es...

VITO. Justo, su padre.

RICARDO. (Ap. á Vito) (Pero yo creía que esta señora había muerto.

VITO. (Ap. á Ricardo.) Y parecía lo natural, porque ya tiene más años que un loro, pero nada, vive.

RICARDO. (Id.) De modo que ella es madre... (Refiriéndose á Marcela.)

VITO. (Id. creyendo que Ricardo habla psr sí.) ¡Eso es! ¡Ay! Gracias á Dios que nos vamos entendiendo.)

RICARDO. (Á Tadea con efusion.) ¡Oh! Perdon, mil veces, perdon.

TADEA. No tiene usted de qué pedirlo.

RICARDO. Sí, sí; dígnese usted escucharme. Yo amo á Marcela, ella me corresponde; pero su padre se opone tenazmente á nuestra union. Pues bien, señora, interponga usted su influencia con su marido para evitar nuestra desgracia, y en último recurso haga usted valer sus incontestables derechos de madre.

TADEA. ¿Madre? ¿Yo? ¿De quién?

VITO. (Alto.) Pues bien claro se lo dice!

RICARDO. ¡De Marcela!

TADEA. ¡Caballero!

VITO. (Ap.) (¡Adios! Este trabuca.) (Alto.) La madre de Marcela murió. Mi prima es mujer del oso en segundas

nupcias.

RICARDO. ¡Ah! (Ap. á Vito.) (Como usted dijo que era madre...

VITO. (Ap. á Ricardo.) Y lo es...

RICARDO. De quién?)

VITO. (Alto.) ¿Usted conoce la historia de Edipo?

RICARDO. No señor, á mí no me gusta saber vidas agenas.

VITO. Pues Edipo fué un griego que se casó con su madre sin saberlo.

RICARDO. Y qué...

VITO. ¿Qué? ¡Tadea! Tiéndele tus brazos y perdónale su error. (Tratando de hacerlos abrazar.)

TADEA. Que yo le...

VITO. Y usted, don Ricardo...

RICARDO. (Con asombro.) ¡Caballero!

VITO. Moderno Edipo, abrace usted á su madre!

TADEA. No hay paciencia que resista...

RICARDO. ¿Está usted loco?

TADEA. Yo no soy su madre, yo no tengo hijos, yo no los he tenido nunca! ¡Ah! Me marcho, porque no respondo de cometer un atropello. (Váse)

ESCENA V.

DICHOS, ménos TADEA.

VITO. ¡Vamos! Esto es inconcebible... ahora salimos con que no es...

RICARDO. Señor don Vito, es la segunda vez que se permite usted atribuirme un orígen oscuro, y si la primera lo soporté tomándole por loco, ahora voy á satisfacer en sus costillas mi justa cólera.

VITO. Se me eriza el cabello! ¡Por Dios! Don Ricardo, confieso que cuando le creí á usted hijo mio cometí un lapsus; pero esta vez...

RICARDO. ¡Miserable!

VITO. Calma, modere usted sus ímpetus y présteme ayuda. ¿Tadea no es la mujer de don Amable?

RICARDO. Así parece.

VITO. Don Amable ¿no es el oso?

RICARDO. Sí.

VITO. El oso ¿no es su padre de usted?

RICARDO. ¡Del demonio! Le voy á romper á usted la crisma.

VITO. No, que no tengo otra. ¡Jesús! ¡qué laberinto! Lo que vamos á hacer es lo siguiente: yo corro en busca de Tadea y de Marcela, y usted con la autoridad que le da su grado, obtiene del civil que le otorgue una entrevista con don Amable, á la que concurriremos todos para ver si nos ilumina algun rayo de luz.

RICARDO. Tiene usted razon, eso es lo más acertado.

VITO. Pues nada, ya puede usted empezar su conferencia, mientras yo remolco al bello sexo. (Ap.) (Así en familia no corro el riesgo de que me dé un linternazo. (Váse.)

ESCENA VI.

RICARDO y LIBORIO.

RICARDO. Sí, es preciso que esto se aclare. Salgamos á cualquier precio de tamaña confusion. ¡Liborio! Necesito tener una entrevista con el prisionero.

LIBORIO. Mi capitan... La consigna...

RICARDO. No temas, yo cargo con toda la responsabilidad. Ademas, tú puedes estar presente.

LIBORIO. Pero...

RICARDO. Lo mando.

LIBORIO. Obedezco como órden superior; mas conste que...

RICARDO. Basta.

LIBORIO. Baje usted. (Abre la puerta de la jaula y obliga á bajar al oso. Éste avanza hasta donde se halla Ricardo. Liborio queda en el fondo.)

RICARDO. (Al oso.) Y bien, caballero. Llegó el instante de que se descorra el velo que envuelve nuestra ambigua situacion. (El oso gruñe.) Todo fingimiento es inútil. Conozco la causa á que obedece ese disfraz y soy harto caballero para abusar de su desgracia. (El oso vuelve á gruñir.)

Está bien. Si se aferra usted en su mutismo, por razones que respeto, yo estoy en el caso de desvanecer el error en que usted yace. Marcela no es mi hermana, mis padres viven, mi incontestable legitimidad puede ser probada al momento, y en tal caso no es posible que se empeñe usted en destrozar con su negativa dos corazones unidos por el santo vínculo del amor. (El oso se pone á guardar el equilibrio apoyándose en una sola pata.) ¡Qué veo! ¿Se burla usted de mí? Es decir, que su oposicion no obedece al móvil que yo supuse? Corriente. Esto me da derecho á creer que mi boda con doña Tadea ha sido obra suya para alejarme de la que adoro. (El oso baila.) ¡Oh! Es en vano que se abandone usted á la alegría. Ese matrimonio no tiene validez, puesto que Tadea es su esposa. Ahora sólo me resta dejarle á usted la eleccion de armas.

ESCENA VII.

DICHOS y MARCELA.

MARC. (Oyendo las últimas palabras.) ¡Qué oigo! Imposible; detente.

RICARDO. ¡Ah! Marcela!

MARC. Un duelo tú con mi padre, jamás.

RICARDO. Tu padre ya no es para mí más que un hombre que me insulta burlándose de mi dolor.

MARC. (Á los piés del oso.) Por Dios, padre mio, por la memoria de mi madre... (El oso gruñe.)

RICARDO. No hay quien ablande ese corazon de roca.

MARC. Piense usted que yo le amo, que no hay nada para mí en el mundo sin él...

ESCENA VIII.

DICHOS, VITO y TADEA.

TADEA. Conque voy á verle!

VITO. Sí, ven... Aquí los tienes...

RICARDO. Salgamos...

MARC. Yo voy á perder la razon.

VITO. (Ap., oyéndolo todo.) (Claro está... si eso es una fiera.) (Alto, yendo á abrazar al oso.) Vamos, Pepe, Pepito, reflexiona, hijo, que... (El oso le pega un manoton.) ¡Qué bárbaro! Hombre, no seas jumento y perdona: se sabe todo ya. Mira, yo repararé mi falta, los chicos se quieren, esta es tu mujercita!... ¡Vaya! abrázanos á todos y como si nada hubiera ocurrido!... (Hace que todos se agrupen y abracen al oso. En este momento, D. Amable se presenta con la capcruza en la mano y se sitúa al lado opuesto. Viene jadeante. Al apercibirle, todos comprenden la verdadera situacion y huyen del oso poseidos de un terror pánico.)

ESCENA IX.

DICHOS, AMABLE, el DOMADOR y JUAN.

AMABLE. El civil aquí; ¡soy perdido!

TODOS. (Huyendo.) ¿Qué? ¡Horror!

MARC. ¡Mi padre!

TADEA. ¡Él!

RICARDO. ¡Qué veo!

VITO. Es un oso de verdad!... Socorro!

DOM. No grite usted... Si es muy manso. (Amarrándole para llevársele.) ¡Canalla! ¿dónde se había usted metido?

VITO. Pero cómo se explica?...

DOM. Muy fácilmente. Se me escapó el oso, vine en su busca, di con este caballero, (Por Amable.) le amarré, y hasta que nos hemos apercibido de la equivocacion, ha estado metido en mi jaula.

VITO. ¡Ay! Son demasiadas emociones.

DOM. Salud á todos. (Váse con el oso.)

VITO. Ganas me dan de... (Va á dar un puntapié al oso y éste se revuelve y le larga un manoton. Vito retrocede espantado.) No me queda ni el placer de la venganza.

ESCENA X.

DICHOS ménos el DOMADOR.

VITO. Conque, pobre Pepito, has estado en una casa de fieras... (Ap.) (Su domicilio natural.)

AMABLE. Á mí no me tutee usted. Sí señor, allí he pasado la noche confundido con los brutos!

VITO. (Ap.) (¡Cuántos amigos habrá encontrado!)

AMABLE. Y todo, sin duda, por obra tuya.

VITO. ¿Mia?

AMABLE. Sí, para evitar mi enojo. Pero no, no te vale la treta. Ya que estoy descubierto, ya que no me es dado evitar la persecucion, voy á saciar en tí mi justa cólera.

VITO. ¡Eh! Calma, que me desloma.

RICARDO. Deténgase usted...

TADEA y MARC. ¡Socorro!

JUAN. Señor...

LIBORIO. Alto á la ley! (Estas voces son simultáneas al ver que Don Amable maltrara á Vito. Todos acuden en su socorro y el pugilato se hace general. Por fin se aplacan, y al levantarse del suelo, al que cayeron derribados unos por otros, cambian sus sombreros, que vuelven á ponerse, conservando Liborio el de copa que llevaba Ricardo, éste la gorra de Juan, Juan la caperuza de Amable, Vito el tricornio del guardia civil y Amable la peluca de Vito.)

VITO. Señores, á puñetazo seco no es fácil que nos entendamos, y lo que aquí urge es una explicacion.

AMABLE. Dala tú si sabes.

JUAN. (Ap. á Ricardo.) (No tema usted, señorito Ricardo.

RICARDO. ¿Quién?

JUAN. Soy yo, Juan. Sin la barba no me habrá usted reconocido.

RICARDO. ¡Calla!)

VITO. (Á Amable.) Le gusta á usted esto? (Presentándole Tadea.)

AMABLE. Ni pizca!

TADEA. (Ap.) (Monstruo!)

VITO. No le gusta? Prueba plena. Es su mujer. (La arroja en los brazos de Amable.)

AMABLE. ¡Mientes!

TADEA. Sí, ingrato, sí, yo soy tu Tadeita!

AMABLE. ¡Rayos y truenos! Por fortuna estoy condenado á muerte. Es imposible!... Aquella era más jóven.

VITO. Sí; pero desde entónces acá ha llovido mucho.

AMABLE. Impostor! (Amenazando á Vito.)

LIBORIO. Silencio en las filas!

VITO. Bien, civil, bien.

LIBORIO. Adelante.

VITO. Aquí hay un medallon. (Enseñándole. Todos ménos Juan le reconocen.)

TODOS. ¡El mio!

VITO. (Á Ricardo.) Ya vé usted, todos le reconocen. No queda más recurso que elegir entre todos el padre que mejor le convenga á usted.

AMABLE. Aquí no hay más padre que yo.

LIBORIO. Silencio, repito. (Con interés á Vito.) Prosiga usted.

VITO. Á ver si yendo por partes conseguimos fijar la verdadera situacion de las cosas. Hace treinta años, estando yo en la Habana, entré en una joyeria y pregunté:—¿Un medallon así y asá?—Sí, señor, elija usted.—¿Cuánto?—Tanto.—Pues tome usted y venga.—Y lo compré yo... (Estrechándole en su mano para ser bien comprendido.) Es decir, que yo soy el primer adquirente.

TODOS. Bien!

VITO. En seguida me fuí á ver á su hermana de usted, y despidiéndome de ella para regresar á la Península, se lo regalé rogándole que se lo pusiese al cuello á nuestro hijo, que debía llegar más tarde. (Buscando entre los circunstantes.) ¿Quién podria hacer aqui el papel de su hermana de usted?

LIBORIO. Yo mismo. (Vito le da el medallon, que Liborio examina con interés.)

VITO. Corriente. Tome usted...

LIBORIO. (Ap.) (Este es!)

VITO. Su hermana de usted fué madre?

AMABLE. Cabal.

VITO. Un dato. Ya sale la luz. (Á Ricardo.) Usted, cuántos años tiene?

RICARDO. Veintinueve.

VITO. (Con aire de triunfo.) ¡Pues! Hijo de mi corazon! (Abriéndole los brazos.)

RICARDO. ¡Vuelta! Le repito á usted que se equivoca.

AMABLE. ¡Es claro!

VITO. ¿No? Nada; será otro su padre. Sigamos el hilo. (Á Amable.) Usted al ver patente su deshonra le dijo á su hermana...

AMABLE. No, no repita usted lo que la dije.

VITO. (Ap.) (¡Qué tal! Si echaría sapos y culebras por esa boca!) (Alto.) El resultado es que la arrojó usted de su casa sin que nunca más haya vuelto á verla.

AMABLE. Eso es, y la arrebaté ese medallon.

VITO. (Tomando el medallon de Liborio y dándoselo á D. Amable.) ¡Bravo! Poseedor, número tres. Hace unos veinte años se recasó usted en Cádiz con Tadea.

AMABLE. Precisamente. Y no volví á verla, aun cuando me establecí en aquella ciudad apenas me encontré libre.

TADEA. Porque yo salí para Canton con mi familia á los tres meses de tu marcha, sin regresar hasta despues de ocho años para establecerme en Madrid.

VITO. Y la dió usted este medallon. (Tomándolo de Amable y dándoselo á Tadea.)

AMABLE. Diciéndola que se lo entregase á nuestro hijo, si el cielo nos deparaba alguno.

TADEA. Eso es.

VITO. Perfectamente. Número cuatro.

AMABLE. Luego la cosa está clara. ¡Hijo de mi corazon! (Abriendo sus brazos á Ricardo.)

RICARDO. Pero si yo he cumplido ya veintinueve años!

TADEA. Si yo no he tenido ningun hijo!

AMABLE. Entónces... me he equivocado.

VITO. (Á Tadea.) ¿Y cómo salió este medallon de poder tuyo?

TADEA. Yendo un dia en Madrid á tomar informes de una criada, abrióme la puerta una, como ama de gobierno, que viendo el relicario en mi garganta lanzó un grito. Preguntóme por el orígen de esta joya, le díje el nombre de mi marido, y despues de confesarme que era hermana suya, me suplicó, sin más explicaciones, que la devolviese una prenda que encerraba toda una historia de amargura para la infeliz.

VITO. (Arrebatándole el medallon y dándoselo á Liborio.) Vuelta el acero á la vaina. Número cinco! (Á Marcela.) Usted le adquirió por su novio hace un año.

MARC. Así es.

VITO. (Quitándole el medallon á Liborio y dándoselo á Ricardo.) Número seis. ¡Y á usted, de dónde le vino?

RICARDO. De una antigua criada que aún subsiste en casa de mis padres, que al saber que yo debía partir para Cuba, me confió el encargo de ponerle en manos de su hijo, que se encontraba de guarnicion en la Habana. Pero al embarcarme, deseando dejar á Marcela un recuerdo mio, se lo remití impremeditadamente...

JUAN. Por mi conducto...

VITO. Número siete... (Pasándolo á Juan.)

MARC. Y yo le conservé hasta...

VITO. Número ocho!... (Pasándoselo á Marcela.)

MARC. Hasta que usted me lo quitó sin duda durante mi desmayo.

VITO. (Tomándole.) Nueve. Yo soy el nono De suerte que esa criada es Tomasa?... (Á Ricardo.)

RICARDO. La misma.

AMABLE. ¡Miserable! (Amenazándole.)

VITO. No, Pepito, no hagas el bruto, yo repararé mi falta.

AMABLE. Enhorabuena.

VITO. Y mañana salgo para Cuba en busca de mi hijo.

RICARDO. No es necesario.

VITO. ¡Cómo!

RICARDO. Está aquí,

TODOS. ¿Aquí?

VITO. ¿Quién es?

LIBORIO. ¡Padre de mi corazon!

VITO. ¡Hijo de mi alma! (Ap.) (¡Un guardia civil!) (En fin, no importa.) (Alto.) Mi misma nariz, mi mismo pelo... ¿Ya no querrás fusilar á tu padre?

LIBORIO. Calle usted...

AMABLE. Ni á tu tio... (Abrazándole.)

TADEA. ¡Ah! Este pliego que me dió Vito para ti! (Dándoselo.)

LIBORIO. ¡Qué felicidad!

RICARDO. Y nosotros obtendremos al fin la realizacion de nuestro sueño? (Por Marcela y por él.)

AMABLE. Sí, hijos mios, sí, casaos.

MARC. (Abrazando á su padre.) Oh placer!

RICARDO. Pero ese contrato...

JUAN. Fué todo una farsa para proteger sus amores de usted con la señorita. Aquí no hay más notario que yo. (Fingiendo la voz como cuando hacía de notario.) Si hay que hacer algun testamento...

AMABLE. (Leyendo el pliego.) ¡Ya estoy libre! Es mi indulto que me manda don Acisclo! ¡Hija, abraza á tu primo. (Por Liborio.) Ricardo, abraza á tu mujer; esposa, abraza á tu sobrino; cuñado abrázame...

TADEA. (Á Vito.) Ahí tienes las consecuencias de tu falta. Hoy te ves casado con una sirvienta...

VITO. Pues anda, que el capitan negrero tambien te arreglará á tí... (Al públiao.)

Para pascuas el autor
escribió este mamarracho.
Tanta sandez en rigor
es capaz de dar emprcho;
mas el padre del juguete
no habita esferas mas altas,
aquí se acabó el sainete...

TODOS. Perdonad sus muchas faltas.

FIN.